

Los Contemporáneos

LA RAMPA

NOVELA PCR

Carmen de Burgos

(Colombine)



Núm. 655

15 Cts.

XAVIERDO
DIZAN



Una cosa es la escultura
y otra cosa agricultura;
mas quien bella dice ser,
emaltece sin querer
los productos PECA CURA.

Jabón, 1,50; Crema, 2,50; Polvos, 2,50;
Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia,
8,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco.
Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20
pesetas, según frasco.

ULTIMAS CREACIONES

PRODUCTOS SERIE "IDEAL"

*Acacia, Mimosa, Ginesta, Rosa de Jericó, Ad-
mirable, Matinal, Chipre, Rocio Flor, Rosa,
Vértigo, Clavel, Muguet, Violeta, Jazmín.*
Jabón, 3; Polvos, 4; Loción, 4,50, 6,50 y 20
pesetas, según frasco. Esencia para el pañue-
lo, 18 pesetas, frasco en estuche.

Cortés Hermanos.—(Sarriá).—Barcelona.

FABRICA DE CORBATAS

CAMISAS GUANTES
GENEROS DE PUNTO

ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA

12, CAPELLANES, 12

PRECIO FIJO

Obras últimamente

publicadas

DE

AUGUSTO MARTINEZ

— OLMEDILLA —

RESURGIMIENTO, novela, 3,50 pts.

TENTRO DE MARIONETAS, 3,50 pts.

EL MAR MENOR, novela, 4 pts.

De venta en las prin-
cipales librerías.

ESTA OBRA NO

MONTANO

Además de los pianos de esta acreditada fabricación,
participa al público haber recibido nuevos de Mö-
alsch, de Alemania, y otras marcas extranjeras en
autopianos.

Calle de San Bernardino, núm. 8, Madrid.

La dirección advierte a
los colaboradores es-
pontáneos que no se de-
vuelven los originales
ni se mantiene corres-
pondencia sobre ellos.



R-7470-A

LA RAMPA

A toda esa multitud de mujeres desvalidas y desorientadas, que han venido a mi, preguntándome qué camino podrían tomar, y me han hecho sentir su tragedia.

«COLOMBINE»

En todos los días un sacrificio subir aquella sucia escalera que conducía al restaurante.

A fuerza de verse allí se había establecido una especie de camaradería entre la mayor parte de los comensales; pero una camaradería casi hostil, aunque trataba de parecer afectuosa.

Sentían todos una especie de molestia por la pobreza que revelaba el asistir a los comedores de a peseta el cubierto, por abono.

—No será ningún potentado cuando viene aquí—solían repetir ante la petulancia o falta de espontaneidad de algún *nuevo*; y este concepto, que existía en todos contra cada uno de ellos, los molestaba, les hacía odioso el testigo, y la mayoría evitaba el darse a conocer. Era muy enojoso encontrarse luego en la calle, y que en un momento dado uno pudiera decir, señalándoles:

—Ese come en el restaurante de Babilonia.

Isabel y Agueda, al salir del Bazar donde estaban empleadas, apretaban el paso con el deseo de llegar pronto para aprovechar el poco tiempo que su trabajo les dejaba libre y para que no se hubiesen acabado los mejores platos, *los que más llenaban*, que eran los que solían pedir todos. Sabían que no debían temer a las sobras, porque las pequeñas raciones se consumían ávidamente y hasta rebañaban los platos de tal modo, que podía prescindirse de los pinches a poco trabajo.

No era la concurrencia popular, francamente, que va a la taberna y a la casa de comidas para atracarse el plato de judías bien guisado y el succulento trozo de carne, y que hace fiesta del rato de bienestar que le proporciona la comida. Era la concurrencia vergonzante de la clase media, deseosa de

aparentar una situación que no tenía y que se esforzaba por vestirse y presentarse con más lujo del que podían costear, tomando aires de gente acomodada y haciendo un axioma de la ruinosa frase, en la que había puesto el egoísmo de todos un triste fondo de verdad: "Según se presenta uno, así lo miran."

La mayoría de los comensales la formaban empleados de poco sueldo, dependientes de comercio, oficiales de escasa graduación, estudiantes y soldados de cuota. Mujeres iban menos. La poca participación de las mujeres en la vida pública, esa especie de temor justificado de la promiscuidad que la recluye en el hogar, hacía que su asistencia al restaurante fuese escasa.

Las pocas que iban se hallaban allí en situación difícil. Aunque carecían de vinos generosos y de manjares opíparos, reinaba siempre esa palantería de mal gusto que, a pesar de su imprudencia e inoportunidad, se ha dado en llamar *española*, como si fuese uno de los rasgos típicos que más nos honran. Casi todos los hombres consideraban indispensable aquella grosería, disfrazada de galante, frente a toda mujer joven, viniese o no a cuento. Todas, por preocupadas y ajenas a ellas que estuviesen, tenían que aguantar las miradas, los suspiros, las audacias y las inconveniencias de aquellos hombres extraños y desconocidos, que sistemáticamente se habían hecho un deber de galantearlas.

Los más asiduos al restaurante, *los viejos en la casa*, parecían tener ya una especie de propiedad; se les guardaba su mesa, y eran los que más hablaban, gritaban y se permitían chistes y palabrotas, abusando de la pacífica digestión de los demás. A los dos días de pasar al lado de uno de estos grupos,

SE PRESTA

ya saludaban con gran confianza, como si se hubiese establecido entre todos un camarerismo casi forzoso.

Iban los camareros de uno a otro lado, hablando familiarmente con los parroquianos, interviniendo en las conversaciones y permitiéndose chistes y confianzas con los más tímidos, a los que hacían todos blanco de sus burlas para arrancar la risa y el aplauso de los mal intencionados.

—Tratamos el público a patés—solían decir, alabándose—, y siempre están los comedores llenos. La peseta. ¿A ver dónde van a ir?

Aquella seguridad les hacía ser altaneros y descon siderados con los que no les daban propina. Se conocía a los más dadiivosos en la amabilidad que usaban con ellos los camareros al ofrecerles la lista impresa de las dos docenas de platos que componían el menú y por las indicaciones confidenciales hechas en voz baja:

—Hoy las mollejas de ternera están superiores.

—Esas pescadillas no son para usted.

—Le he reservado naranjas, porque no hay más que esas, y las peras están agrias.

Con los que no daban propina eran menos atentos; les hacían esperar largos ratos viendo pasar ante ellos los manjares que iban a las otras mesas, y eran vanas todas sus quejas y reclamaciones.

Las dos amigas no encontraron sitio en el comedor más pequeño, el más interior, que, a pesar de ser sórdido y maloliente, preferían por su mayor independencia, pues todos entraban allí un poco a hurtadillas, procurando no hacerse notar y pasar perdidos entre la multitud.

Un camarero guió a las jóvenes hasta una mesita desocupada en el ángulo opuesto al mostrador; tuvieron que atravesar entre todas aquellas gentes, que suspiraban la comida para mirarla con precocidad manifiesta. Un gallego lanzó un suspiro ruidoso que repercutió en todo el salón, y otro jovencito murmuró al oído de Isabel un vulgar piporo. Colocadas en aquel sitio, frente a la promiscuidad del salón, sintiendo, sin verlas, las miradas de todos fijas en ellas, Isabel des-envolvió lentamente la servilleta, mientras Agueda miraba la lista.

—¡Lo de todos los días! ¿Qué prefieres?

—Elige lo que te parezca. Me da igual.

La joven volvió a leer la lista de los platos. Sentía como una desconfianza instintiva de que la carne fuese carne y el pescado pescado y no se verificase en el fondo de aquellas cocinas misteriosas una sustitución como esas de los circos, que con un truco secreto hacen parecer vino al agua, o figurar huevos con bolas de algodón.

Cuando algún camarero hablaba de el camarero, no se concebía que todo aquello lo hiciera un solo hombre, y que hubiera cantidad bastante de alimentos para satisfacer a todos los que iban a comer sin previo aviso. Se le aparecía como un Jesús milagroso, multiplicando las cosas y envolviéndolas en aquellas salsas de harina, de diferente color e igual sabor, que caracteriza la universal-

dad de las salsas de restaurante en todo el mundo.

No tardó mucho Agueda en hacer el menú, como si convencida de la falsedad de todo, tratase sólo de salir del paso: un par de huevos, pescadillas a la vinagreta y un filete con patatas; por escaso que fuese todo, acompañado de pan, vino y postre, era in-concebible que lo pudiesen dar; aunque todo fuera igual sabor y dejase sin satisfacer verdaderamente el apetito como cosa inconsistente y frágil. Mas, a pesar de sus ventajas, era preferible para una mujer comerse un pedazo de pan y queso en medio de la calle, que sufrir todas las impertinencias que habían de aguantar en esa promiscuidad forzosa.

No iban allí las mujeres felices, sino las pobres mujeres que trabajaban y no tenían el refugio del hogar. Eran las mujeres lo más triste de aquel comedor, lo más sombrío; se las veía como escondidas en los rincones, amedrentadas y llenas de cortedad. En los hombres había sólo miradas de suficiencia, de confianza en su fuerza; ellas, con la cabeza metida en el plato, parecía siempre que estaban comiendo su última peseta, y ponían algo de la tristeza de los comedores de los asilos en la sala del restaurante.

Las conversaciones de las mesas cercanas estaban llenas de insinuaciones dirigidas a ellas. El gallego hablaba alto, para que le oyesen, y de vez en cuando soltaba uno de aquellos ruidosos suspiros que repercutían en toda la estancia.

Apenas habían empezado la comida las dos jóvenes cuando un caballero vino a sentarse junto a ellas. Era un señor alto, delgado, vestido con corrección, que representaba unos cincuenta años. Antes de sentarse sacó el pañuelo, limpió la silla y se levantó cuidadosamente los largos falzones de un chaquet, lúcente de cepillo y sin ninguna mancha.

Después saludó a las dos vecinas de mesa con una reverencia respetuosa, y con la servilleta sacudió el polvo del mantel a todo su alrededor, y limpió los vasos, los platos y los cubiertos.

—¿Qué vá a ser, don Antonio?—preguntó el camarero.

—Huevos fritos—repuso sin vacilar—. Pero le suplico que sean fritos para mí... bien fritos..., en mucho aceite. Yo no he entrado jamás en la cocina, que no es este menester propio de hombres; pero se me alcanza a mí cómo se deben freír los huevos. Es un arte perfecto.

El camarero se alejó riendo, con un gesto que daba a entender: "Es un chalado."

—¿Todavía no han servido a usted?—preguntó a don Antonio un hombre de rostro rubicundo, alegre y comunicativo, que estaba en la mesa cercana, con el deseo de entablar conversación.

—No, señor mío.

—Es desesperante esto. Hace media hora que he pedido café.

—Yo no me impaciento. Es mejor que tarden; señal que no estaban fritos de antemano.

—¡Vaya usted a saber! Pero... ¡Camare-

ro...! ¡Camarero...! Hijo, ¿están plantando ahora el café? ¡Cuántos años tardará?

Pertenecía al grupo de los eternamente descontentos que lo hallan mal todo, como si quisieran dar a entender, con su disconformidad, que ellos son superiores al medio soportado accidentalmente.

Como un contraste, en otra mesa, a espaldas suyas, sonaba un coro de alabanzas.

—¡No os aseguraba yo que aquí comeríais muy bien!—decía un teniente que había invitado a dos provincianos.

—¡Es maravilloso!

—¡Abundante!

—¡Esta carne está exquisita!

—¡Yo estoy satisfecho!

Respondían ellos sin cansarse de alabar aquella baratura, que era un nuevo encanto de Madrid.

—Es como en el hotel Inglés—afirmó con aplomo el teniente—. Esto no se encuentra más que en Madrid... En España.

Don Antonio había sopedado reposadamente los huevos fritos, y esperaba su segundo plato, haciendo con la servilleta la figura de un busto con el cuerpo envuelto en un manto y la cabeza rodeada por un turbante. Mientras hablaba distraídamente, como si el también cumplierse un deber de galantería con sus vecinas de mesa. Parecía interesarse por sus ocupaciones, por sus trabajos; les debía dar mucho que hacer el Bazar; días que apenas se sentarían desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche, sin más descanso que las dos horas para comer, que no daban tiempo de nada. Y en su galantería caballeresca, el buen viejo lamentaba que la mujer nacida para ser amada, tuviera que luchar con la prosa de la vida.

—A la mujer no debe dirigírsele la palabra sino con las más corteses y pulidas razones—decía—. Pero ahora ustedes lo quieren ser todo, renuncian a su categoría de princesas, y queriendo ser liberadas, se hacen esclavas.

Gritos y ruido de lucha lo interrumpieron. La tormenta que se cernía entre una andaluza y los gallegos estalló. Uno de ellos se había levantado para descolgar su sombrero, y fingiendo resbalar y caer, quedó montado a horcajadas sobre el respaldo de la silla que ocupaba la joven, casi sobre sus hombros, con gran recogido de sus compañeros, que se retorcian entre contorsiones y carcajadas. Pero la señora se volvió rápidamente, descargando sobre el atrevido un tremendo puñetazo.

—¡Grosero!... ¡Mal educado!

El, confuso, trataba de buscar el lado cómodo que lo salvase del ridículo.

—¡Perdone usted, marquesa!

De una parte y otra se cruzaron improperios. Muchos hombres vacilaban indecisos sin saber qué hacer; don Antonio avanzaba ya dispuesto a defender a las damas, cuando los camareros mediaron conciliadores para acallar el escándalo.

La dueña del restaurante parecía no haberse enterado de nada. No tenía gana de intervenir. Los gallegos eran parroquianos constantes que llevaban ya varios años co-

miendo la bazofia de su casa. Aquel don Marcelito era un excelente sujeto que animaba el comedor con risas y dicharachos y lo llenaba de alegría. No iba a desagradarlo porque cualquier señorita del pan pringao se pusiera con humos por una broma cualquiera. Lo que menos le gustaba era que frecuentasen sus comedores mujeres; de buena gana les hubiera prohibido la entrada; y se acababa siempre por alguna tontería. Experimentaba en el fondo un desprecio por todos los que iban allí. ¡Gentes que confían en un restaurante de peseta! Por más que la enriquecieran y que ella repitiera siempre que en su casa se comía como en Lhardy.

Agueda e Isabel habían hecho causa común con la desconocida. Mientras Agueda comentaba con don Antonio lo sucedido, Isabel permanecía silenciosa. Pensaba en sí misma frente a las otras, como si al mirarla a ellas le devolvieran su propia imagen. ¿Cómo la verían los demás? Sentía una impresión de penosa desnudez, de soledad. El egoísmo de los otros, injusto y agresivo, no dejaba a las mujeres ni el placer de gozar su aislamiento en la indiferencia, sino que se sentían perseguidas y turbadas.

El mismo sentimiento debía experimentar su amiga, porque cuando se levantaron para irse iban apoyándose la una en la otra, como si se protegerían y se diesen mutuamente valor.

—Decididamente—dijo Agueda—pasamos un mal rato todos los días. Yo temo que llegue la hora de comer. ¡Si tuviéramos tiempo de prepararnos nosotras en casa!

—Vivimos demasiado lejos—repuso con un suspiro Isabel—, y estamos demasiado cansadas. Hay que resignarse.

Empezaron a andar, siguiendo la calle del Carmen, en dirección a la Puerta del Sol, y bien pronto olvidaron su disgusto para distraerse con la contemplación de los transeúntes y de los escaparates con una fuerza de expansión juvenil, acortando el paso, como si disfrutaran un paseo y quisieran retardar el momento de llegar al Bazar, donde habían de quedar sepultadas todo el resto del día.

Isabel era de mediana estatura, de cuerpo suavemente redondeado, sin ser gruesa; los pies y las manos pequeñas y mal cuidadas, a pesar de una atención constante. El cabello castaño oscuro y los grandes ojos color tabaco lucían sobre un cutis blanco, pálido, sin ser lechoso, de un blancor de morena, y formaban un conjunto armónico con el semblante, algo inexpressivo, de rasgos indecisos, más agradable que hermoso. Su mayor belleza estaba en el cuello largo y firme, que sostenía la cabeza con una gallardía altiva y prestaba morbidez y elegancia a toda la figura.

No había nada de extraordinario en el conjunto. Era la muchacha que se ve a través de los cristales de las tiendas donde se enseña a bordar.

Era esa misma muchacha que se ve inclinada sobre las cuartillas en las tiendas en que se venden máquinas de escribir.

La muchacha modesta, trabajadora, sobria,

que siendo una obrera parece apartarse de la obra y conserva un aire de señorita.

Agueda era más alta y más delgada, de cabello negro, tez morena, con los ojos hundidos en las grandes ojeras profundas, que caían en pico sobre la mejilla, como si quisieran unirse a las dolorosas comisuras de los labios. Aunque no pasaría, como su amiga, de los veinte a los veintidós años, estaba más gastada, más deshecha, como si su vida de trabajo hubiese sido más larga y más dura.

La vida de ambas no salía de los límites de la vulgaridad.

Agueda, huérfana de un zapatero y una lavandera, había trabajado, en unión de su hermana Luisa, dos años mayor que ella, al amparo de su tía Petra, una pobre mujer que iba a coser a domicilio y que se había sacrificado, renunciando a casarse por educar a las dos sobrinas, con una abnegación y un cariño verdaderamente maternales.

Después de muchas vicisitudes, había logrado colocarse en el Bazar, gracias a una piadosa señora en cuya casa trabajaba su tía. La otra hermana, encajera, abandonó un día su oficio para irse a vivir con un señorito, del que había tenido un niño. Al principio iba con frecuencia a ver a su hermana y a su tía Petra; pero bien pronto empezó a escasear sus visitas, hasta que un día les confesó que su amante le prohibía todo trato con ellas.

Era Isabel hija de un comisionista que había rodeado su vida de ese bienestar con raras intermitentes de apuros, de lujo y hasta de esplendor propia de la gente de negocios. Al morir el padre, su madre y ella quedaron en una situación decorosa. De no tener la incensencia de las mujeres que no están habituadas a manejar capitales ni a conocer el valor del dinero, hubieran consolidado su situación. Pero su única preocupación fue continuar sosteniendo la casa con el mismo rango, como si creyesen deshonrarse al descender de su posición social; pero sin hacer nada para evitar la miseria que se aproximaba de puntillas, sin dejarse sentir. Quizá en su improvisación había algo del fatalismo en el que influye la secreta esperanza del premio de la lotería o del marido que surge de pronto como un príncipe encantado. La enfermedad de la madre, que la mantuvo dos años en estado de gravedad y las obligó a ir a los baños tres temporadas, dió al traste con lo que ellas creían inasectable.

Al morir su madre, Isabel se encontró sola y sin recursos para poderse sostener. Empezaron los días de pánico, semejantes a un mal sueño lleno de sed, en los cuales la diatrata del dolor de la pérdida de su madre la zozobra de su situación.

Los muebles familiares, los recuerdos queridos, todo se había ido perdiendo; empeñados unos objetos, vendidos otros, hasta no quedar nada en la casa desmantelada y tenerse que ir a vivir a una casa de huéspedes, que también tuvo que abandonar, por demasiado cara, y alquilar aquella habitación en donde vivía.

Los primeros tiempos de su soledad y su pobreza fueron terribles. Conforme merzaba su escaso capital crecía su angustia. ¿Qué iba a hacer? Se sentía lanzada entre las mujeres que luchan; pero más indefensa que ellas, como si la hubiesen arrojado por un balcón y al caer se hubiese roto las piernas y los brazos.

Desalentada, pedía consejo a sus amigas. Unas, optimistas, le contestaban con cierta inconsciencia indiferente:

—No te apures. Verás cómo se arregla todo. Pídele a Dios, que no te abandonará.

Otras le proponían medios a cual más desabellados:

—¿Por qué no das lecciones de música?
—Hazte maestra.

—¿Si encontráramos una buena casa para institutriz o señorita de compañía!

Se quedaba aterrada ante estas soluciones. Su cultura musical no pasaba de saber tocar el "Vals de las olas" o el "Vorrei morire", y su cultura general no iba más lejos. Para ser maestra necesitaba estudios, tiempo, calma, años de trabajo, y ella no podía esperar, porque iba atropellada, empujada de prisa por la rampa de la necesidad.

Fue a ver a las amigas de su madre. Las señoras que trataban en vida de su padre, y con las que aún conservaba relaciones; pero fue todo en vano. ¿Qué empleo del Estado podía tener sin título alguno? Estaba todo sujeto a reglamentos, leyes y ordenanzas; apenas si habían dejado unas migajas para la mujer.

De aquellas visitas salió llena de miedo a las protectoras. Todas aprovechaban la ocasión para humillarla. Ofan, no sin cierto temor, que habitaba sola con gentes extrañas. ¿No tenía algún conocido? Comer en un restaurante donde sólo van hombres pareció tal monstruosidad la primera vez que lo dijo a una generala viuda, con fama de piadosa, que no lo volvió a repetir.

Algunas señoras la encontraban demasiado lujosa. Podía ir con un velito y una blusa, y no empeñarse en llevar sombrero, como si esta prenda, que confeccionaba ella con un pedazo de trapo, fuese el mayor dispendio y la línea que separaba la diferencia de clases. Muchas no la encontraban tan pobre. ¿Cuántas quisieran tener una peseta diaria para vivir! Lo que más sentía Isabel eran las lamentaciones, los consejos y la intrusión de las protectoras. Tenían siempre una censura para la improvisación de los padres que educan a las hijas de modo que no sirven para nada. Le sermoneaban que fuese prudente, económica... Que no se fiase de ningún hombre, porque nadie quiere con buen fin a una muchacha pobre y abandonada.

Entonces se asustó más que de la miseria de todas aquellas obreras, sirvientas y menestrales, que al fin y al cabo guardaban un dejo de su independencia con su trabajo, de la miseria de las protegidas.

Para huir de aquellas gentes empezó a buscar ella sola trabajo. Recorría tiendas y talleres sin resultado ninguno. Se habían convenido todos para decirle que no. Alguno

nos momentos tuvo esperanza, cuando empezaron un examen: "¿Conoce usted el oficio?" "¿Dónde ha estado usted?" Sonreían burlescamente al oírle decir que ella sabía coser y bordar y que con buena voluntad aprendería pronto. Cada uno creía su empleo un arte y le contestaba con un énfasis revelador de su molestia:

—Estas cosas no se improvisan.

Le dieron a iluminar tarjetas, y los primeros cientos los ejecutó con tal torpeza, que no pudieron servir. En una tienda de la calle de la Montera la confiaron camisas, pagando a dos reales pieza. Lo hacía mal y gastaba dos días en cada una; resultaba imposible.

Lo que más le repugnaba era buscar colocación en una casa particular. Pero cada día que pasaba se hacía en su interior una concesión nueva. Era la miseria apremiando cada vez más.

Empezó a buscar los anuncios en la cuarta plana de los periódicos y acudir a todos los sitios donde hacía falta una costurera, una señorita de compañía o una doncella. Igual repulsa en todas partes. Por modesta que quería ir, su aspecto, sus manos cuidadas, su porte todo denunciaba que no era una obrera ni una sirvienta. La miraban con desconfianza, y no faltó alguna dama que le dijese sin piedad:

—Es usted demasiado señorita para esto.

Tropezaba de un lado con la mirada de los hombres, que parecían avalorarla para otorgarle protección: aquella humillación de la mujer joven, que ponía a contribución su belleza; de otro lado la hostilidad de las mujeres. Eran ellas, sobre todo las que se creían más virtuosas, más impecables, las más parapetadas en su situación ventajosa o en su independencia, las que se mostraban más crueles, más ensañadas, más enemigas de la mujer.

Una de sus amigas le había dado una carta para que fuese a ver al dueño de aquel Bazar, antiguo amigo de su padre, que, al fin, le proporcionó aquel empleo.

—Es de doña Concha Azara...; me recomienda...; soy...

—Conque recomienda..., ¿eh? Bien: yo la contestaré—interrumpió.

No se había levantado del sillón y señalaba con el gesto la puerta a la joven, con un brusco ademán de despedida, creyéndose, como la mayoría de los señores, dispensado de toda cortesía por tratarse de una muchacha pobre.

—...la hija de Adolfo Rodríguez, su antiguo amigo—acabó de decir Isabel.

El hombrecillo pareció tranquilizarse y recordar.

—De Adolfo Rodríguez..., hija de Adolfo Rodríguez, el comisionista. ¿Usted es hija de Adolfo?

—Sí, señor.

—¿Y su madre de usted?

—Ha muerto también.

—¿No tiene usted hermanos?

—No tengo a nadie.

Había en su voz tal desgarramiento, que la bola de carne se conmovió un poco.

—Pero Adolfo era rico; tenía una gran posición...

—Lo perdimos todo con su muerte y la enfermedad de mi madre, señor.

—Y la imprevisión..., y el no tener cabeza..., y el no saber economizar—rugió de nuevo, como pesaroso de su momentánea bondad.

Leyó la carta, que había dejado a un lado, pareció meditar un momento y, al fin, dijo: —Bueno..., probaremos... Venga usted desde mañana.

Huedió de nuevo la cabeza en el pabellón colgando de su barba y no contestó al saludo de despedida de la joven.

Aquel destino del Bazar, no sólo la ponía a cubierto de la miseria, sino que hasta la colocaba en una especie de rango, de opulencia, comparativamente con lo que una mujer puede ganar trabajando. Con sus cuatro pesetas diarias, los deseados veinticuatro duros, podía vivir hasta con apariencias de señorita y cierto decoro, sin estar sujeta a un trabajo demasiado pesado. Pero aquel destino no era un destino inamovible; estaba a merced de la suerte o de la voluntad de don Prudencio, al que tanto temían todos los empleados cuando lo veían pasear entre las calles formadas por las hileras de vitrinas en que estaban expuestos los objetos. Un día, cuando más falta les hiciera, habrían de dejar aquel cargo, cuya esclavitud benedican como un bien. No había jamás ancianas empleadas en las casas de modas, ni en los bazares, ni en las tiendas. Las viejas pasaban como heridas por el fondo de la ciudad. Quizá es que no había viejas porque las mataba la miseria, el abandono sordo y lento en que se las dejaba.

Era, sin duda, por la semejanza de sus destinos, por el lazo de su pobreza y sus temores por lo que Isabel y Agueda se habían unido tan entrañablemente.

Llegaban por la mañana con alegría al Bazar para encontrarse, aunque allí no se podían hablar apenas, no por la falta de tiempo y ocasión, sino porque hubiera desagradado a don Prudencio ver a las empleadas entretendidas.

Pasaban todo el día de pie, vigilando el espacio encomendado a su custodia, sin poder hacer uso de la silla que su cumplimiento de la ley de protección a la mujer habían puesto los dueños a disposición de cada una de las empleadas.

Temían que espíen cómo los transeúntes del Bazar, especie de transeúntes de las calles con escaparates, pasaban y repasaban ante los objetos. Una vez veces había que guiarlos a una sección que no encontraban; otras, ayudarles en sus buscas, darles consejos para decidirse a elegir y, por último, al todo el tiempo empleado en estas tareas no resultaba vano, era preciso ir detrás de ellos, llevándoles las compras, para que abonaran el importe en la caja.

Había de ser la suya una paciencia inagotable para sufrir todas las impertinencias y a veces las insinuaciones molestas de los compradores.

Muchos las miraban como si ellas también

fuesen objetos expuestos a la venta en el Bazar y fáciles de comprar.

No podían rechazarlos más que con una gravedad dulce, para no perjudicar los intereses del establecimiento. Estaban obligadas a ser, en cierto modo, las amantes del público, al que era preciso sonreír y agradar.

A veces, cuando la impertinencia era demasiado molesta, las dos amigas se miraban y se daban fuerza con sus ojos; de modo que sin hablar se lo decían todo.

La amistad que ambas se profesaban era quizá lo más grande en sus corazones. La amiga es para la amiga más que el amigo para el amigo. Su cariño no era el de las amigas, esa cosa algo falsa, de afectuosidad aparente, que se prodiga en las relaciones sociales; era el sentimiento fuerte, sincero y fraternal, que les había hecho intimar porque las dos se sentían igualmente solas y abandonadas.

Los que más las molestaban eran sus mismos compañeros, aquellos mocetones que pasaban el día detrás de los mostradores como ellas, o metidos en el cuchitril de la caja, afeminándose con el trabajo sedentario, entreteniéndose en mostrar los objetos de bisutería o los juguetes a las damas, y que hasta se han empleado la coquetería con las compradoras para atraerse mayor clientela, con una impudicia de la que ellas no hubieran sido capaces.

Y las damas preferían comprarles a ellos, a los hombres fuertes que tenían abiertos todos los caminos, mejor que a las mujeres, cuyos puestos usurpaban.

Volvió a notar siempre que el primer enemigo de la mujer que trabaja era la mujer misma. Desde los primeros días de su estancia allí las otras compañeras, más antiguas que ella, trataron de equivocarla, de entorpecer sus tareas, y la hicieron objeto de celos mal disimulados y de burlas. Los compañeros, demasiado empalagosos al principio, se retiraban también molestos por la suave repulsa de Isabel, y se convertían en solapados enemigos. En aquella soledad hostil que se hacía al lado de cada una de ellas, las dos jóvenes se unían cada día más en su afecto, que parecía recompensarlas y defenderlas. Salían juntas a la hora de comer, y apoyadas la una en la otra se protegían para cruzar con más soltura las calles iluminadas. Era como si se encubrieran y de ese modo luciesen menos los brillos del vestido usado, el zapato casi roto, el velo pardo.

Ellas no eran como una gran parte de las mujeres que, pervertidas ya por la galantería de los hombres, deambulaban por las calles en busca de aventuras fáciles y de una promiscuidad vergonzosa. Tan asqueadas estaban, que ni siquiera querían aceptar los novios de la calle; parecía que esperaban que sus novios saliesen de su propio corazón, que no vinieran de fuera. Desearan ya un tipo superior de hombre, el compañero de la mujer liberada; aquellos novios de rostro vago estaban en ellas, los aguardaban, torniendo en el fondo no verlos llegar, por aquella frase que había engendrado su desconfianza:

—Los hombres no quieren a las muchachas pobres para esposas.

* * *

Le costaba a Isabel un verdadero esfuerzo llegar puntualmente al Bazar por las mañanas, ahora que iba al cine con Fernando casi todas las noches. Tenía que levantarse a las seis para tener tiempo de arreglarle todo, y sólo el milagro de su miedo a don Prudencio, la bola de carne de la que dependía su vida, realizaba el milagro de su actividad.

Al principio de sus relaciones la había acompañado Aguada todas las veces que Fernando las invitaba al cinematógrafo; pero bien pronto la joven renunció a salir todas las noches, tanto por no poder soportar el cansancio que habiendo de madrugar le causaba una diversión en la cual no tenía el aliciente que su amiga, tanto porque comprendía que los dos jóvenes se amaban y desearían quedarse solos.

Isabel tuvo los primeros días un temor y una cortedad grandes para acceder a salir sola con Fernando. Al fin aceptó, convencida de sus razones.

—¡Pero si esto es lo más sencillo, lo más corriente!—decía él.

No consentir hubiera sido ofenderlo con sospechas que no procedían, dada la nobleza de su modo de portarse. La podía creer presuntuosa, y que tomaba por una pretensión lo que sólo era hijo de la amistad.

Cuando consultó a Aguada, con el deseo de tener su aprobación, ésta sonrió y le dijo:

—No te esfuerces en demostrar que no os une el amor, puesto que ese no tiene nada de particular... Solteros y libres sois los dos. ¡Ojalá seáis felices!

La pobre joven empezaba a ver reproducirse en los amores de Isabel la triste historia de la seducción de su hermana; y aunque eso le producía una profunda pena, sabía qué inútil era oponerse a lo que es una inmutable ley de vida dentro del medio en que vivían. El amor, sin arrebatarle el cariño de Isabel, la alejaba de ella. Ya no hacían su camino juntas todas las noches al salir del Bazar; era Fernando el que esperaba para acompañar a Isabel, y los dos juntitos, uno al lado del otro, vagaban como otras tantas parejas de enamorados por las calles poco concurridas y por los paseos más solitarios de los parques.

Su amor se mantenía casto; Fernando era tan respetuoso, tan comedido, que despertaba una confianza y un agradecimiento en su novia. Es verdad que él no hablaba jamás de casarse; pero se comprendía en su respeto la honradez de su decisión.

Muy parco para hablar de sí mismo, Isabel tenía escasas noticias de su vida y de su familia. Era soltero, sus padres vivían en un pueblo de Valencia y él tenía un destino en el Ministerio de Hacienda, con el que había de contentarse para ir tirando hasta ascender. Parecía que en aquellas palabras

que no le comprometían a nada, iba envuelta la promesa de establecerse y legalizar la situación cuando llegase el deseado ascenso.

Las tardes de lluvia y las veiciadas las pasaban siempre en el cine. Era aquel lugar a propósito para hablar sin llamar la atención, ya que por vivir sola no podía recibir su visita. La multitud que acudía al cinematógrafo hacía el milagro de aislarlos, de dejarlos solos en una completa libertad.

La sensibilidad de Isabel, excitada por la vida de aislamiento y trabajo, y encendida en su amor, sentía aquella influencia del cine que le hacía vivir, mezclada con sus personajes y con Fernando, las historias trágicas y amorosas del drama de la película.

Encarnaba y veía encarnar a Fernando en aquellos personajes. Eran ellos mismos. Se veían como en un espejo, y aquella unión les hacía aproximarse más.

El primer día que Fernando se apoderó de su mano, Isabel se asustó de un atrevimiento por el que hubiera querido poderle reconvenir. Se proponía hacerlo en cuanto salieran de allí. ¿Podría él confundirla con todas las mujercitas ligeras que aguantan esos atrevimientos! Según avanzaba la película crecía su coraje a impulso de sus pensamientos. ¿Acaso iban a ser ellos de esas parejas de enamorados de cines esperando una ocasión de estrecharse a hurtadillas con caricias irrespetuosas y furtivas!

Aquella noche, al salir de allí, apenas ost mirarlo, y cuando se quedó sola no pudo conciliar el sueño. ¿Era vergüenza? ¿Miedo de que él la juzgara mal y la quisiera menos? No podría decirlo; pero en medio de todo experimentaba una gran felicidad. El tacto de Fernando la había penetrado toda, se había esparcido como una savia por todo su ser. Su mano guardaba la sensación de un calor dulce, un calor inconfundible, suave, un calor de alma, que le causaba una sensación dulcísima. Tanto que sin saber por qué se llevó la mano a los labios y la besó con una unión apasionada y mística. ¡Su calor!

* * *

La verbena del Carmen se introducía en la ciudad, penetraba en ella, era como una invasión de alegría y de regocijo en medio de la tristeza de las calles, a las que convertía en parques y paseos públicos, poniendo en ellas, en lugar del tráfico de la vida urbana, un estallido de fiesta y de gozo. Era como si quisiera hacer olvidar los trabajos de la vida cotidiana, tan dura en las grandes capitales, con la sensación de una ciudad feliz cuyos habitantes no tuviesen que pensar más que en el festejo y en el bienestar.

—Es preciso divertirmos un poco, nena—le dijo—. Somos demasiado serios.

Sus palabras hallaron eco en ella. Tentó también gana de gozar, como si el que goza en nosotros fuera otro distinto del que trabaja, y, ahogado por éste, se alzara de vez en cuando para reclamar sus derechos.

Aunque había ido a muchas verbenas con

Agueda, ahora le parecía a Isabel todo nuevo. El coche que los llevaba iba lentamente a través de las calles, que daban importancia de procesión a lo que transitaba por su centro. Al paso tardo del caballo veían todas aquellas cosas que los saludaban como a los amigos del año anterior con un gesto amable. Pasaban entre los bailes, donde una aglomeración de parejas danzaban llenas de entusiasmo, a pesar del calor, muy juntos y muy agarraditos, teniendo ellos la precaución de quitarse las chaquetas, cuellos y americanas y coger delicadamente a sus compañeras de la cintura, poniéndose un pañuelo en la mano para no mancharles las blusas blancas.

—La verdad es que esas gentes son las que más disfrutan—dijo ella—, y quizá los que parecen desdeñarlos sienten envidia de ellos.

—¡Hola! ¿Qué jaranera estás!—exclamó él, riendo—. ¿Quieres que te compre un tiesto de flores?

Pasaban entre dos largas filas de macetas puestas en las aceras, como se colocan a los lados de las escaleras los días de gran recepción. No había muchas variedades de plantas; las decorativas palmeras, que dan la impresión de estar ya muertas, disecadas en sus macetas y parece que podrán vivir sin aire y sin agua; los vulgares geranios, con sus flores rojas y rosas; las grandes boñas amazacotadas de las hortensias azules, y los tiestos de albahaca, plébeos y alegres, con su aroma a especias picantes y a pueblo en fiesta.

Como ella los miraba con ese amor que ponen las mujeres en los ojos para mirar las flores, Fernando añadió:

—Compraremos una hortensia.

Isabel le cogió el brazo con terror, como si quisiera librarlo de un gran peligro.

—No, no...; la hortensia, no—exclamó, pálida y temblorosa.

—¿Por qué?—exclamó él, sorprendido.

—¿No sabes que comprar una hortensia trae la mala suerte? Moriríamos uno de los dos.

—Eso es una superstición que si arraiga acabará con esas pobres flores tan vistosas y tan sin alma. No hagas caso de ella.

Pero Isabel seguía suplicando:

—No, no...; cómprame un tiesto de albahaca.

—Esa sí que es la planta del odio.

—Para mí es la planta de la alegría.

Bajó Fernando para hacer la compra y volvió con la planta verde y frondosa, que Isabel revolvió para esparcir su perfume, impregnándose de él las manos.

Una muchacha se acercó al coche vendiendo ramos de garbanzos verdes. Colocó sobre su falda la planta de hoja rizada y salina y arrancó una de las bayas verdes, que crujió entre sus dedos y sacó la semilla sabrosa.

—Hace calor aquí—insinuó él.

—Si quieres pasar por otro lado—dijo ella—, yo no tengo empeño en la verbena.

—¿Si el cochero pudiera darnos un paseo por las afueras?—propuso Fernando, con la timidez que causa dar esa orden, tan mal acogida por la mayoría de los cocheros.

Apenas acabó de decirlo, el cochero dió media vuelta en el pescante y se quedó mirándolos.

—Si los señores quieren—dijo—, yo estoy dispuesto a ir adonde me manden. No estoy más que para dar gusto a los señores. Cuando me subo en el pescante soy sordo..., mudo... y ciego... Yo no soy como otros. Aquellas palabras del cochero animaron a Fernando.

—¿Si puede usted salir por aquí al campo?—dijo.

—¡Ya lo creo! ¿Adónde quieren ir?

—Nos da igual.

—Ya..., ya comprendo...; los llevaré por buen sitio... Yo no me espanto de nada... Los señores pueden disponer como quieran... Yo no voy más que a buscar mi propina..., a hacer el duro..., y ¡allá cuidaos!

Isabel miró a Fernando confusa y sobresaltada; pero éste reía de buena gana, como si presintiese en el cinismo del cochero un buen auxiliar para sus amores.

El coche, haciendo eses y dando saltos y coletazos sobre el piso desigual, lleno de baches, avanzaba hacia el Hipódromo, por una avenida amplia y silenciosa, casi sin urbanizar, que tenía algo del aspecto de las carreteras que se abren a la entrada de los pueblos muy lejanos de Madrid.

Isabel llevaba sujeto entre los labios un clavel rosa, y los labios de Fernando vinieron a arrebatarárselo, rozando los suyos al robarlo. Ella sintió frío en los labios, y con una gran audacia avanzó la barbilla buscando su clavel y sus labios lo volvieron a recuperar. Brilló en ellos una risa triunfante que dejaba ver la blancura de sus dientes bajo el suave rosa de la flor. Otra vez fué Fernando a buscar el clavel, y otra vez lo recuperó Isabel. En el ardor del juego se lo arrebataban con ansiedad; en su caricia había hambre, brusquedad; era un mordisco duro y doloroso que les encendía los labios. El clavel, deshecho, mojado, abrasado en su fuego, dejaba escapar los perfumes, que los incitaban más y más. Habían perdido la noción de la vida en todo lo que no fuese aquel beso, agudizado por la flor, en el que se escapaba su vida toda.

La voz del cochero, que se volvía hacia ellos, les hizo separarse asustados. El hombre rió socarrón.

—No hay que alterarse—dijo—. Ya sabe uno lo que es esto. Ahora, en verano, es menos. Los lances abundan a la entrada del invierno con los coches cerrados, al empezar la noche, cuando los utilizan las señoritas con papá y las señoras con marido, que no pueden faltar de casa... Pero esas gastan poco tiempo... Lo mejor es cuando me toma el coche alguno que tiene que trabajar una mujer... Porque yo digo que la mujer es como la fruta: a fuerza de tocarla se madura y cae... Yo los dejo y me duermo en el pescante... No soy como otros cocheros, que se ponen tontos. ¿Qué más me da? Los dejo que se arreglen como puedan... y, a veces, no me puedo ya contener, y les digo: "¡Buen provechito!" ¡Se llevan unos sustos!

Fernando reía mirando a Isabel confusa y colorada.

—¿Qué pensará este hombre de mí?—le dijo Isabel al oído.

—¡Qué te importa!

Pero ella no se resignaba a que la confundiera con una de aquellas mujeres de sus historias. Tal vez porque se sentía poco segura se afirmaba más en su apariencia de fortaleza.

—¡No quiero! ¡No quiero!—dijo con vehemencia.

Entonces él alzó la voz.

—Demasiado ha conocido el cochero que somos casados.

Aquella afirmación la tranquilizó; la hacía tan esposa que se creyó en verdad desposada, y como él pasaba el brazo en torno de su cintura no opuso resistencia y se dejó caer sobre su pecho.

—A casa—ordenó Fernando repitiendo el número.

Paró el coche delante de su casa y acendió el sereno a abrir la puerta. Para sostener su mentira de matrimonio, Fernando debía entrar. ¿Podía impedirlo? Hubiera hecho un papel ridículo delante del cochero. Se apresuró a entrar ella. Estaba segura de que él la seguiría. Se tranquilizaba pensando que permanecería a su lado tan sólo el tiempo preciso para tomar la llave, que Agueda dejaba colgada detrás de la puerta, y volver a salir.

Subió lentamente la escalera, abrió la puerta y esperó en la sombra sin atreverse a dar la luz. La agitaba un anhelo extraño; había un trastorno en su alma, del que eran culpables las historias del cochero y aquel aire del campo.

—¿Te irás pronto?—murmuró ella.

Después no dijo nada más. No es que había perdido el conocimiento ni había caído en esa inconsciencia que suelen alejar las mujeres como causa de su abandono. No. Había rendido la voluntad por una decisión suprema. Había que aprovechar aquel ardor que existía en el fondo de cada uno, que era su única fortuna. Iba a arruinar aquella fortuna; pero la vida sería más ruinosa si no la arruinara. ¿Para qué resistir? Era justo aprovechar su riqueza, su goce, no dejarlo desvanecerse estérilmente.

Así al menos habría conocido la opulencia.

* * *

Ahora las dos amigas estaban aún más unidas. Isabel había sentido vergüenza de la mirada de su amiga después de su intimidad con Fernando. Le parecía que Agueda notaría en ella algo anormal, una especie de aroma de pecado, y sentía impulso de confesárselo todo; pero Agueda esquivaba la confesión como si fuese ésta la que podría separarlas.

—Lo que es necesario es que seas feliz—le dijo un día interrumpiendo sus palabras— Yo envidio a los que se aman.

—¿Pero y tú?...—se aventuró a preguntar Isabel.

—Yo no tengo la fe necesaria para poder querer.

—¿No es un absurdo que por evitarte un dolor que no sabes si llegará te prives de una felicidad cierta y te pases la vida como un pájaro cantando en la rama y sin atreverte a volar por miedo a caerte?

—Tienes razón; pero yo he visto mucho... Mi tía ha sido una desgraciada...; lo fué mi madre...; le es mi hermana...; y yo sería más desgraciada que ellas aún...

Isabel no insistió. Estaba satisfecha. Le parecía que su vida se había centrado, se había definido. Gozaba una época de embriaguez. Las horas del Bazar eran como un descanso; las pasaba en una placidez llena de ensueños, y al salir de allí corría a su casa a componerse para salir con Fernando, que la llevaba a cenar a los merenderos o a las verbenas, y de vez en cuando daban largos paseos en coche, resucitando sus impresiones primeras.

Los meses fueron pasando en esta embriaguez, en la que no se daba cuenta del cambio de Fernando. Con los primeros fríos del Otoño cesaron los paseos nocturnos, y como ella tenía todo el día ocupado, sólo podían verse de noche y a las horas de comer en su restaurante.

Sus disputas se agriaban cada vez más, y acababan con lágrimas por parte de Isabel, y con amenazas de marcharse por parte de Fernando.

Un día éste les anunció que no comería más con ellas; había venido su madre, y ahora estaba obligado a hacer vida de familia.

Desde entonces sólo se veían por las tardes al salir del Bazar. Fernando la acompañaba a su casa; pero hasta estas visitas se hacían difíciles.

—La vida es tan cara—dijo él—, que se necesita ayudarse; ahora con estar aquí la familia, tengo más obligaciones. He buscado una colocación por las tardes en una casa de banca; sólo podré verte los días que tenga libres.

Aunque al principio no faltó los días fijados, luego empezó a no ser puntual.

—Hazte cargo que son mis únicos días libres y tengo que hacer mil cosas.

Pasaba tardes y tardes esperándolo en vano, y semanas y semanas sin poderlo ver.

Cada vez había en él más brusquedad, más frialdad. Isabel no sentía toda la desesperación que aquello le hubiera causado, porque estaban como embotadas sus facultades por el estado de su salud. Se apoderaba de ella una gran debilidad, se le marcaban las ojeras, palidecía su rostro, demacrado, de modo que la nariz se hacía más prominente y la boca más rajada. Se sentía presa de mareos, de repugnancias de estómago, que rechazaba los manjares.

Los días de Pascua los había pasado en la cama; Fernando apenas pareció una tarde con gran prisa. Hubiera querido llevarla de paseo, cenar juntos y le contrariaba encontrarla así. Le recriminó como un delito su

enfermedad y, al fin, compadecido de su sufrimiento, se deshizo en protestas y juramentos de amor, enjugando sus lágrimas con besos.

Agueda, que la acompañaba todos los ratos libres, y alarmada de su estado, le aconsejaba que fuese a ver al médico.

Pero una vecina intervino:

—No hay que tener cuidado. Cada chico que yo he tenido me ha pasado igual.

Se quedó aterrada ante estas palabras, que eran una revelación. No sabía si alegrarse de aquella maternidad o sentirla. Ella no se arrepentía de su amor, a pesar de los sufrimientos que le acurreama. Estaba satisfecha de haber cumplido su misión en la tierra. Era mejor esto, con todos sus sufrimientos, que pertenecer a esa muchedumbre vana y sin objeto, de pobres mujeres que pasan la vida esperando una resolución del porvenir lleno de incertidumbre.

Cuando Fernando fué a verla le hizo su confidencia.

Esperaba una palabra de ternura y lo vio montar en cólera:

—Torpe, más que torpe, ¿cómo has dado lugar a esto?

—¡Yo!

Significó sin hacerle caso:

—Me lo debía de haber figurado. Esto lo habréis tramado entre tú y la mosquita muerta de tu amiga. Tal para cual.

—¡Pero!

—Es lo de todas. La traición. Así os creéis que vais a cazar al marido... Salís con la misma historia... No estaría mal si todos fuésemos bobos y nos tragáramos esa bola del hijo... sabe Dios de quién.

—¡Fernando!

Vibraba la indignación en su acento de tal modo, que él vaciló:

—¿Te crees que es muy agradable venir a soportar a una mujer en ese estado..., encontrarse con esa carga en la vida...?—dijo, queriéndose disculpar.

Pero Isabel se había tranquilizado, como si los insultos le dieran mayor fuerza frente a él. Comprendía que todo era inútil. No poseía ya el arma del secreto que excita el deseo para dominar al hombre; no podía ofrecerle nada nuevo. Era el cansancio que se manifestaba en un modo brutal. Se puso de pie y le señaló la puerta.

—Tienes razón. Vete. No es hijo tuyo.

Aún vaciló él. No era un miserable de alma. No había tenido un propósito deliberado de triunfar de la joven en aquellos amores. Había sentido la sugestión de su belleza, de la costumbre; era la vida que lo arrastraba. Él, como la mayoría de los hombres, había creído sinceramente en su amor cuando lo exaltaba el aguijón del deseo. Lo había jurado sin propósito de engañar, engañándose él mismo. Después, fríamente, al despertarse el egotismo, sentía la pesada carga de aquellas relaciones. Aún guardaba un respeto hacia ella por las primicias que le había ofrecido en su amor como si esas primicias fuesen lo de más valor que podía ofrecer una mujer.

Pero la promesa del hijo, en vez de unirle a ella lo repella, lo exasperaba; hacía el esfuerzo del que se quiere librar de que le echen al cuello una cadena. Tal vez una mujer más experta, más hábil, menos ingenua y menos digna, hubiera sabido retenerlo; pero Isabel, no. Lo dejó marchar, huir, convencida de que no lo vería jamás.

De allí en adelante su problema era el hijo. El eterno problema de la mujer. Conocía el desamor de Fernando y su equivocación sin un dolor grande.

Ella tampoco había llegado a sentir por él un gran amor. Hay un momento en el que se cede por ceder; no por curiosidad ni por amor, sino por ceder al fin.

Era como el cumplimiento del sino fatal de las mujeres. Había rodado la rampa, la rampa buena, que no es de las maías compaÑas, ni de la abyección, ni la de esa miseria negra de que abusa el patrono, ni de la lujuria que tiende la asechanza. Era la rampa vulgar, la que preparan las gentes honradas, las despreocupadas de todo lo que pasa en la calle.

* * *

Llegó destallecida, agarrándose a las paredes para no caer, a todo lo largo de las aceras de aquellas calles pendientes y sucias que forman el barrio de Embajadores.

En el centro, un poco más allá, estaban enclavadas la Casa de Maternidad, la Inclusa, los asilos de viejas cigarreras imposibilitadas; las curas donde se albergaban los niños que se criaban sin el calor de la madre; parecía que se había agrupado todo hacia aquel lado para limpiar el núcleo dorado de la ciudad de sus miserias, del mismo modo que se arrojan los muertos lejos, a las afueras, para que la vista del cementerio y sus emanaciones pútridas no turben ni contaminen a los habitantes.

Sin darse cuenta, Isabel sentía pesar sobre ella todo aquel ambiente desolado: esquivó pasar frente al torno de la Inclusa, aqueña especie de hornacina sinistra, alumbrada en la noche por un farol que parecía sujar los pasos de las desdichadas que por librarse de los hijos, que constituían para ellas un símbolo de dolor o de vergüenza, y a veces una carga demasiado pesada, estaban en el camino de la delincuencia.

"La caridad los recoge."

deletreó en una parte de la inscripción sobriamente colocada sobre el torno, invitando a entregar a la caridad aquellos pequesuelos que sin ella hubieran sido víctimas de un infanticidio.

Le faltaban las fuerzas, sentía como si hubiese crecido la carga de su vientre, que de empujado y puntiagudo, levantando el estómago hacia arriba, se desgajaba y caía por su plenitud y su madurez. Ya le faltaban pocos pasos para llegar al gran portalón abierto que parecía ofrecerle asilo. Se detuvo y lo miró con miedo. Al entrar allí iba a desaparecer, iba a perderse, a separarse del con-

cierto de la vida libre, a convertirse en un número, una especie de prisionera sometida a un reglamento tiránico que no podría desobedecer. Frente a ella los cristales empañados de un escaparate reproducían su imagen, con contornos vagos pero precisos. Al pronto no se reconoció. ¿Era ella aquella mujer flácida, de facciones abultadas, hinchadas, ermeño de su demacración, con el rostro cascado, caído; cubiertas las mejillas por el paño amarillento que parecía también velarle los ojos, dándole esa expresión peculiar de las embarazadas; esa mirada opaca que parece convertir sus pupilas en los cristales de unos lentes a través de los cuales quisieran ver otros ojos?

Se acentuó su miedo. ¿Iría a morir allí? Tuvo impulsos de arrojarse al suelo, como se arrojan los niños rebeldes que no quieren entrar en la escuela; pero hizo un esfuerzo, cruzó la calle y puso el pie en el escalón de la puerta. Su corazón se oprimía, la calle miserable se enforaba como un bello paseo. A pesar de la miseria y la suciedad había en ella vida, exceso de vida; el ruido de gentes que iban y venían, las voces libres, en contraste con el silencio que adivinaba dentro, la atraía, la retenía, parecía impedirle entrar.

Pero era necesario aquel sacrificio. Era imposible resistir más. Desde que su *enfermedad* le había hecho dejar aquel cargo del Bazar, que era su único medio de subsistencia, había ido a vivir con Agueda en casa de su tía. Dormía en la misma cama que su amiga y compartía con ella su modesta comida. Isabel gustaba para las dos, y la joven hacía el sacrificio de andar y desahudar a pie todos los días el largo camino para ir a comer a su casa.

Isabel no podía consentir aquel sacrificio, y se había escapado de casa de su amiga para ir a aquel refugio y no arrastrarla en su miseria. Era preciso entrar. Un hombre con uniforme galoneado le habló.

—¿Qué desea?

Apenas pudo balbucir unas palabras.

Ya sabía el hombre lo que significaban.

—¿Llame usted ahí.

Una monja con toca blanca, manto de un negro de ala de mosca, manguitos y delantal de lienzo azul, algo deslucido y de dudosa limpieza, la cual debía estar alerta a las llamadas, abrió instantáneamente y casi sin darle tiempo a que se explicara; después de una ojeada a su figura, le señaló:

—Por este lado.

La guió hacia la secretaría, a la izquierda de la puerta, donde en una salita había otras dos monjas.

—¿Tras dolores?—preguntó una.

Ella se sentía amedrentada.

—No... aún no; pero me han dicho que hoy es día de entrada... Estoy fuera de cuenta... esperando la hora de Dios...

—Sí... sí...; eso dicen todas...; si fuéramos a hacer caso...

—Madre, le aseguro...

—En fin, venga...; la reconocerá el médico... No sé si habrá cama... ¡Cuánta desdicha!

Se dirigieron otra vez hacia la puerta de

salida y le hizo entrar en el enorme ascensor que ocupaba el hueco de la escalera, especie de habitación donde podían colocar una camilla en caso necesario. Subieron a la clínica, donde estaban el médico y los internos. Avanzó tímida y vergonzosa, y tuvo que sufrir el reconocimiento hecho de un modo mecánico, sin mirarla más que como un caso, cuyo *historial* apuntaba el doctor, con las observaciones que le habían de servir en caso de un parto difícil.

Hubo un momento de vacilación. No cabía duda de que estaba de nueve meses; pero a no sentir dolores era difícil ser admitida sin una buena recomendación. A veces los partos se retardaban y pasaban un mes en la casa.

—Si quiere usted estar en *distinguida*—insinó la monja.

—Dios mío... no...; y yo necesito la caridad...

Había tal angustia en su voz, que el médico, aun acostumbrado a aquella atmósfera de dolor y de continuas peticiones, se conmovió. Abrió un libro, y después de consultar, dijo a la monja:

—Hermana, llévela a la cama número 16—y volvío la espalda bruscamente, dando el asunto por terminado.

La hermana no se atrevió a desobedecer; tenían un respeto mezclado de temor a los médicos, que les hacían responsables de todos los descuidos y de todas las faltas.

—¿Trae ropa?—preguntó la monja?

—Dos camisas, madre.

—Hermana, hija, hermana... Bueno..., démelas...; le dará una bata para que se mude... No tenemos para todas. Esto de los niños es como las cosechas...; hay meses de recolección. Noviembre es de los que dan más trabajo...; las locuras de Carnaval.

Le dió una de aquellas batas de cuadros, holgadas y lisas, con grandes bolsillos, que servían de uniforme a las embarazadas y que hacía que denominaran *las chicas de la bata* a las asiladas de caridad para diferenciadas de las *distinguidas*.

Cuando entró en el *costurero* todas la miraban de ese modo especial, hostil, con que se miran los viajeros que han de ir juntos en un travío o en el vagón de un tren. Otra más. Hubo un cuchicheo, unas risas, frases en voz baja que no se oían, pero cuyo dejo sonaba a burla. Ella cogió una silla de asiento ancho y fué a sentarse donde pudo, pues las cercanías de las dos ventanas altas, de vidrios empañados, estaban ocupadas por otras mujeres que costían o hacían encajes de bolillos y crochet o teñían medias a punto de aguja.

Las conversaciones, interrumpidas un momento a su llegada, se volvieron a reanudar. Algunas estaban silenciosas; pero las más hablaban y reían, entremezclándose las voces de los diversos grupos en un guirigay ensordecedor.

—A ver si vas a ser tú de las *damas* que no hacen más que suspirar y parece que tienen a menos hablar con nosotras—dijo una embarazada ya de edad, cuya boca grande, rajada, con las comisuras llenas de grietas dejaba ver la encía desgarnecida, y que se ponía los brazos alrededor de la panza, como

si quisiera mostrar bien su volumen y lucir de un modo triunfal la maternidad que la rejuvenecía.

Mientras hablaba dirigía los ojos, iluminados de una luz de malicia malévola, hacia una jovencuela pálida y rubia que, algo aparte de las demás, hacía *crochet* de un modo fervoroso sin pronunciar una palabra. Se veía que la atención iba dirigida a ella.

—Es que será primeriza—dijo otra, gorda y desventrada—. Esto la primera vez espanta...; después, ya se va una acostumbrando. La Nati y yo venimos aquí a *vernear* casi todos los años.

—Y, la verdad—afirmó la Nati, una jovencuela amarillenta, flaca, de grandes ojos negros, más agrandados en sus ojeras de vicio, que se unían a los pliegues de las mejillas dándole un aspecto procaz y deshecho—, que cuando estamos aquí es cuando más se descansa...; a lo menos dormimos solas.

Isabel pasó la mirada por aquel grupo, formado por medio ciento de mujeres marchitas, macilentas, que parecían cansadas de tirar de sus vientres de hidrópicas, y la miseria que contemplaba le dió la idea cabal de su propia miseria. Algunas de aquellas mujeres eran casadas, que no contando con medios de asistencia, iban allí; pero la mayoría eran las madres solteras, las engañadas, las abandonadas. Había mujeres viejas, reincidentes, que ya habían dejado allí varios *ortos*, y veían sólo en su maternidad un accidente físico desagradable, puramente mecánico, del que era preciso salir como de un tifus o una pulmonía, sin sentimentalismos de ningún género.

Muchas eran criadas engañadas por los novios o por los señoritos y cruelmente abandonadas después, quedándose sólo aquella maternidad como un estigma de sus amores, más o menos sentimentales.

Otras eran paletas, que pagaban con aquel dolor el engaño y el deslumbramiento de la llegada a la corte, la cena en el merendero, el baile de Carnaval o la cita secreta de la tarde del domingo.

No faltaban modistas sufriendo la pena del desengaño de los idillos estudiantiles o de su confianza en algún señorón que les ofreciera mejor suerte.

Entre todas se mezclaban las mujeres de vida alegre, las *mozcorras*, que habían tenido un *descuido* y aguantaban las consecuencias del percance, reirimiéndose un entusiasmo o una traición de la Naturaleza, que iba a hacerles conocer los tormentos de la maternidad. Ni ellas mismas podían conjeturar quién sería el padre de aquella criatura que iban a poner en el mundo con la calificación de *mozcor*, como un hijo de manilla.

¡Cuánta tragedia en todo aquello! Se perdía la idea del amor para quedar sólo la idea de la brutalidad, la bestialidad. La *Madre*, tan líricamente cantada, aparecía envuelta en toda la realidad de su miseria física y repugnante. Pobres mujeres vejadas, atropelladas, víctimas de deseos innobles, de la brutalidad de los hombres, que las arrojan lejos de ellos después de la sociedad. Habían llegado a la maternidad sin amor, en-

añadas con un espejismo falso, y se amparaban allí llenas de vergüenza, de miedo, de desengaño. No se veía nada alto, levantado y conmovedor, sino toda la abyección, toda la vulgaridad, todo lo de brutal y bajo de las uniones sexuales. Era allí donde estaba toda la miseria de la hembra, triunfadora aun hasta en el lupanar, con el prestigio de su femineidad codiciada y miserable, pisoteada, abandonada, con su aspecto repugnante de opilación. Desencajadas y caídas las facciones, abotargadas, cubiertas de manchas de puño y de manchas delatoras de repugnantes enfermedades; con las bocas rajadas, los ojos opacos, las ojeras hondas, violáceas, y los cuerpos deformados por la plenitud de los vientres. Eran como despojos miserables de caprichos, arrojadas y despreciadas; piltrafas de mujer. ¿Qué había sucedido allí a todas aquellas infelices? ¿Era el amor? Sentía repugnancia, un asco profundo de toda aquella miseria.

Silenciosamente las acompañó al comedor, donde dos monjas les servían la comida; apenas podía pasar la ración de carne con patatas ayudándose del vasito de vino que les servían.

—No hay que ser señorita—le dijo una, rubia de aspecto bonachón, que se había colocado a su lado—. No hay más que esto... y gracias que no es de lo peor...; otras noches son justas o lentejas... y un filetito como una obleta.

Algunas habían rebafiado rápidamente sus platos y se quejaban de la escasez de la ración. Llamaban a la monja pidiéndole que les diese otra porción u otro pedazo de pan, que devoraban con ansia.

Del comedor pasaron al patio de recreo. Un patio desmantelado, de tapias altas, en el que aquella tarde otoñal se debía sentir un frescor húmedo, bastante desagradable.

Las mujeres formaron grupos, y sin saber cómo se encontró en medio de uno de ellos. Se fijó en sus compañeras. Casi todas estaban alegres; eran escasas las que conservaban aire de tristeza; parecía que el pedazo de cielo que se extendía como un toldo sobre los muros del patio, con apariencia de espacio y de aire libre, les comunicaba mayor optimismo. Unas reían y jugaban con una alegría de chiquillas, dando saltos y cabriolas grotescas, que causaban gran complacencia en sus compañeras, como si quisieran hacer ver que sus tripas no les pesaban. La que más se distinguía por su agilidad era una pueñuñja y negra que parecía una bola de goma botando y rebotando del suelo.

—Esa pare esta noche—comentó una.

—Y según el tambor que tiene, pare dos—dijo otra.

La monja las llamó al orden.

—A la capilla.

—¿Otra vez?—protestaron algunas.

—Yo no voy—dijeron varias voces.

La revolucionaria gritó:

—Nos pasamos la vida rezando...; es como si nos fuéramos a morir y tuviéramos que estar bien con Dios... Y estamos mejor que ellas... No le hemos hecho mal a nadie... Hemos sido generosas y no tenemos las en-

trañas secas... Al menos ya sabemos lo que es mundo.

—Vamos, vamos, hija—dijo la monja poniendo un tono de mando en sus palabras de ruego—. Hay que pedir a Dios Nuestro Señor que les dé una hora cortita.

Todas parecieron convencerse menos la revolucionaria.

Todo aquel rebaño miserable entró y se arrodilló a un lado de la nave, detrás de otro grupo formado por una docena de mujeres encinta también. Las monjas, arrodilladas al otro lado, permanecían silenciosas, inmóviles, con la cabeza baja, como sumergidas en la oración.

Empezó el rosario, que dirigía el capellán y coreaban pecadoras y religiosas de un modo lento y mecánico. En la media luz de la capilla, entre el olor de cera quemada y de incienso de que estaba impregnado todo, las embarazadas dejaban volar sus pensamientos, presas de pánico por lo porvenir y de tristeza por lo pasado.

Algunas que no podían soportar aquel olor se tenían que marchar presas de vabidos e de vómitos, y otras que no se podían arrodillar con sus enormes barrigas, trataban de permanecer de pie o se sentaban en los bancos. Las monjas tenían que conformarse y darles aquella libertad ordenada por los médicos, no sin murmurar:

—El demonio que las tienta y las aleja de las cosas santas.

Notó que al salir las chicas de bata trataban de acercarse a las distinguidas, parte por curiosidad de conocer aquella aristocracia de sus compañeras, parte porque muchas de ellas les encargaban recados y servicios remunerados. Una de las distinguidas llevaba toda la cabeza envuelta en una espesa mantilla.

—A esa no le hemos visto la cara desde que vino—comentó la chulona—. Se tapa para que no la conozcamos...; por lo menos, es una duquesa.

—Pues yo te aseguro—exclamó la saltarina—que no se va de aquí sin que le veamos la facha.

* * *

Apenas empezaba a dormirse oyó la orden de levantarse. A las cinco todo el mundo tenía que estar de pie para ir a la capilla. Empezaron las quejas.

—Estoy mala.

—Me duele todo el cuerpo.

—No he dormido.

—Tengo dolor de cabeza.

—No me puedo mover.

Todas querían quedarse en la cama; era como si al acostarse se hubieran despojado de sus barrigas y tuvieran que volver a ponerlas y tirar de su carga.

Pero era preciso obedecer; las monjas dispensaban la falta de agua que dominaba en la toilette en gracia a la brevedad. Nada de baños ni de limpieza obligatoria, como querían los médicos; lo primero era cuidar de

la limpieza del alma. La capilla se llenó de un vaho pestilente, denso, con el olor a mujer y ropa sucia, mezclado al olor de los tallos de las flores corrompidas en el agua, y los pátilos de las velas recién encendidas.

Las distinguidas no estaban allí aún; ellas tenían libertad para levantarse a la hora que quisieran. Sólo la de la mantilla estaba ya en el confesonario.

—Mira la comecuras—exclamó Felipa—. Sabe Dios las cosas malas que habrá hecho cuando tanto tiene que contar.

Escucharon la misa medio dormidas.

—¡El desayuno!

—Sí, vamos a tomar el agua de frezar.

Cuando apuraron la taza de chocolate y el panecillo, empezó la limpieza de la casa. Aquellas pobres mujeres, que parecía que no podían moverse, tenían que limpiar puertas, ventanos y pisos, frezar las escaleras, sacudir el polvo y lavar los cristales.

Las mismas embarazadas tenían a su cargo la portería para recibir recados, envíos y cartas. Hasta las cinco de la tarde; y las de más confianza se encargaban de la arqueta, especie de tiendecilla, y vendían por cuenta de la Comunidad papel de escribir, sobres y otras baratijas.

Casi a la hora de ir a comerse el puchero al medio día, se produjo un revuelo extraordinario entre todas las asiladas.

—¡El correo!

—¡Cartas de los Juanes!

Aquel momento parecía ligarlas a todas con la vida exterior. Hasta las que no tenían quien les escribiera se veían menos abandonadas en el concierto de las demás. Aunque las cartas fueran de padres pindosos que habían perdonado, o de familias inquietas y afligidas por la separación, se llamaban *cartas de los Juanes*, pues daba la casualidad de que la mayoría de los amados de las asiladas se llamaban siempre Juan. Todas las cartas parecían estar firmadas por la misma mano, con las mismas palabras: "Tu Juan"; y ellas, en sus conversaciones, repetían siempre también: "Mi Juan."

Las conversaciones habían llegado a ser el tormento mayor de Isabel. Tenían todas el mismo prurito de preguntarlo todo; y gracias que tan vehemente como su deseo de saber era su deseo de contar, y olvidaban su curiosidad por el placer de referir sus aventuras.

Cada una contaba su historia varias veces al día, deteniéndose con lujo de detalles en las escenas de la seducción.

Había, aunque pocas, algunas que iban al lado de sus amantes. Otras que volverían a servir, cambiándose de barrio, y volverían a pasar por solteras. Unas tenían esperanza, llevándose al hijo, de comover al padre y llegar hasta a casarse; otras, no podían decir de quién era su hijo; el soldado que se volvió a su pueblo; el estudiante que las obsecó un par de semanas; el escriptor que se quedó solo una tarde en casa; el novio que desapareció después de conseguir sus favores, y resultó haber dado un nombre falso. Hasta había casos sentimentales de olvido y de traición después de largos años

de cariño y de haber empeñado la palabra de casamiento.

Después de aquellas evocaciones del pasado, cerca y ya tan lejos, venían las preocupaciones del presente... El parto que las asustaba, y el problema del hijo. El hijo tomaba cada vez mayor realidad; si nacía vivo, tenía que estar al cuidado de la madre hasta el día de su salida de la *Maternidad*, en que ella misma tenía que ir a depositario en poder del director, que le daba su número y lo enviaba a la Inclusa.

¡Si no hubieran visto a los hijos! ¡Si se los hubieran llevado las monjas! Pero después de tenerlos aquellos siete días, a veces algunos más, tener que entregarlos ellas mismas, era un tormento demasiado grande. Muy pocas tenían frialdad para dejar la criatura como un tumor que le hubiesen extirpado; y casi todas salían llorando, desoladas, de la Casa donde entraron llenas de temor. ¡No sería mejor morir allí! Y, sin embargo, la vida que iban a dar a otro ser a costa de su misma vida, parecía imponer con más tiranía el deseo ferviente de vivir; vivir después del parto, triunfar en el desdoble de su vida, vencer aquella ansiedad dolorosa del desgarramiento de las entrañas; sentirse libres de aquel ser que se revolvió dentro de ellas, de aquella carga que les iba abrumando. El nacer el hijo era como un renacer de la madre: un doble nacimiento.

Con frecuencia, en medio del trabajo, del recreo, en el comedor o en la capilla, una de ellas palidecía; acudía a la monja asustada e inquieta:

—Estoy mala...; me empiezan los dolores...; los siento aquí... en los riñones, y se extiende hacia delante, rodeándome el vientre como un cinturón de alambre que me atravessara la carne.

—Serán calambres...

—No..., no... ¡Ay! ¡Virgen Santísima! ¡San Ramón bendito!

La cara demudada, cada vez, los ojos agrandados por el espanto y la expresión del dolor que atenazaba la pobre carne desgarrada causaba el pánico en las demás. Se miraban unas a otras. ¿Y ellas? ¿No les dolía también?

Gracias que las monjas se las llevaban apresuradamente, más bien que por la prisa de la asistencia por la premura de despojarla de la bata de cuadros, que debía servir para otra, y era lástima que se pudiera manchar.

Cuando la parturienta se quejaba demasiado provocaba la indignación de las otras.

—¡Ay...! ¡Ay...! ¡Ay...!—decían, remedándola—. Pero, hija, parece que nadie ha dado a luz más que tú. Aguantate, que a nadie llamabas en otra ocasión...

Después ellas no sabían nada más; ignoraban si vivía o moría, y como no se encontrasen paridas en la misma sala, no se volvían a ver.

Isabel recibía con frecuencia las cartas de Aguada; la joven la exhortaba siempre a ser fuerte. Saldría de allí con la gloria de un hijo y ya tratarían de trabajar. Juntas las dos se prestarían apoyo, y la vida sería para ellas más dichosa.

A pesar de aquel único punto de apoyo que la ligaba al mundo, Isabel estaba triste, su sensación de abandono le granjeaba más el desprecio que la compañía de las que estaban en su caso, y especialmente de las que se mostraban orgullosas de que al salir de allí tenían quien las esperase. La más fiera e intransigente con todas era una casada que lucía orgullosa su barriga, con el *fruto de bendición* y hablaba arrogante con las monjas, despreciando a las compañeras.

—Al fin y al cabo hay diferencia de unas a otras—decía—. La necesidad le hace a una venir a estas casas; pero mi hijo no es de un *Juan cualquiera*, y llevará los apellidos de su padre. No tengo una barriga de *extranjis* como esas.

Su fiera de mujer casada se manifestaba a todas horas en el desdén con que trataba a las otras, sin perder la ocasión de humillaras con su honradez.

La revolucionaria se indignaba:

—A ver si tú por que ta haya echado la bendición el cura no has hecho lo mismo que nosotras.

—Pero ha sido con mi marido.

—Pues peor para tí, que tienes que aguantar sus borracheras y sus marranerías.

Y la otra, que en más de una ocasión había envidiado la libertad de las que no tenían que soportar la tiranía de un marido como el suyo, que se gastaba el jornal en bebida y le sacudía el polvo si se atrevía a quejarse, se quedaba sin saber qué contestar.

Todas iban cayendo, iban pasando, iban siendo sustituidas por otras. Todos los días, en el comedor o en el recreo, que era donde se reunían todas, se veían caras nuevas y se notaba la falta de las otras. A ella se le extrañaba el parto de un modo increíble. Aunque fuese cierto aquello de que las mujeres no tienen que llevar más que una sola cuenta y la equivocan siempre, los médicos que la reconocieron el día de su entrada no se debían equivocar.

Esperaba llena de inquietud y de miedo el momento de su crisis, sin atreverse a desear salir bien de ella y sin decidirse bastante para preferir la muerte. La habían dedicado para ayudar a las monjas en la limpieza de la clínica. Era el orgullo de la casa el poseer aquel gabinete médico-quirúrgico con tan maravilloso instrumental moderno y un servicio de asepsia tan completo; pero la limpieza de aquellas piezas era al mismo tiempo su desesperación. El miedo de las monjas a los médicos era grande y procuraban presentar ante ellos todas las cosas lo más limpias que les era posible. Sabían que los médicos desconfiaban de su limpieza. Sus medias bastas, sus zapatones, los hábitos oscuros de estameña, tan encubridores de mugre y manchas, predisponían contra ellas. Se sabía de antiguo el santo horror al agua que tenían las religiosas; y algunos de los jóvenes que habían viajado por Europa, para estudiar en capitales del extranjero, venían contando que las enfermeras asistían vestidas de blanco, compuestas y empolvadas que daba gusto verlas. Decían que la caridad no era austera y triste. ¡Pero valiente caridad tendrían todas

aquellas mujeres herejes, sin religión, que le hacían todo por ganar un salario! Deslumbramientos de los médicos jóvenes, conquistados por la belleza y la coquetería, gracias a la cual les toleraban todo lo que en las pobres monjas les parecía mal.

Allí era donde Isabel veía más claramente toda la miseria de las hembras.

A la hora del recreo se alejaba de las demás para hacer crochet en un ángulo del patio; pero eso había producido indignación.

—Eso es, hazte la trabajadora para que le tomen las monjas el gusto y nos den a cada una un encajito.

Aquella tarde tomó un libro que le proporcionó una hermana. Era un libro de ejemplos y oraciones que la distraían e intentó leerlo; pero las otras no la dejaban.

—¡Mira qué señorita!

—¿Será una sabia?—decían unas.

Otras le cantaban alrededor, entre las risotadas de las demás.

—Leo, leo, y cuanto más leo, más burra me queo.

Isabel vió que no se fijaban en ella y se alejó por una especie de callejón que había en uno de los extremos del patio, a cuyo fondo se veía un gallinero. Ya otra vez había intentado entrar y una compañera la había detenido:

—No vayas por ahí.

No se le había ocurrido preguntar si por qué se lo impedían, creyendo que lo tendrían prohibido las monjas; pero al ver que nadie le prestaba atención se decidió. Allí la dejarían en paz y lo pasaría mejor.

Se encontró en un segundo patio interior de altos muros, al que daban ventanas de la Casa de Maternidad y de otro edificio, igualmente sombrío y ennegrecido. Debía ser la Inclusa. Miró hacia aquellas ventanas, algunas de las cuales estaban abiertas y dejaban ver uno de esos comedores fríos y desguarnecidos de los asilos, con las largas mesas y los bancos propios de esa clase de estancias. Era el comedor de las niñas de la Inclusa. Se sintió llena de una gran ternura. ¿Tendría que decidirse a dejar allí lo que naciera de su vientre en la imposibilidad de poder alimentarlo, puesto que no sabía qué sería de ella? No podía seguir abusando de la bondad de Agueda. ¿Dónde iría cuando saliera? Miraba con cierto cariño aquel amparo que se ofrecía a su hijo, hasta que ella pudiese ir a rescatarlo, cosa que sin saber por qué todas creían segura siempre.

Oyó caer un objeto a su lado. Eran unas cáscaras de castaña que sin duda habían arrojado desde las ventanas; se volvió rápidamente y distinguió la figura de unas muchachas vestidas con delanteles de cuadros azules que se asomaban a las ventanas del comedor. Eran las incluseras; las que ya convertidas en mujeres habían perdido la esperanza de ser reclamadas por sus madres.

Los chicos salían de allí cuando eran grandes; pero las chicas era raro que pudieran abandonar aquella casa. ¡Era tan pobre, tan monótono, tan abrumador aquel destino! ¿Merecía la pena de nacer para vivir en un

mundo tan pequeño? No ver del mundo más que aquella casa, aquel recinto, y vislumbrar la gran ciudad las veces que de dos en dos salían a la calle, con sus vestidos de uniforme, bajo la custodia de las monjas, con las cabezas bajas, como deslumbradas y entontecidas por el ruido, el sol, el aire y el ir y venir de la gente y de los carruajes. Erán como presas, condenadas a cadena perpetua desde su nacimiento.

Algunas podían escapar del Hospicio profesando en conventos donde hacían falta músicas o cantoras, y a veces por un matrimonio, en el que un hombre iba a buscarlas como van a buscar las bestias a las ferias cuando las necesitan.

En esos casos una monja les preguntaba las que tenían vocación de casadas, y a las que la confesaban, llenas de robos, las alineaban en la sala donde pasaba su revista el pretendiente, que escogía la novia con la que se desposaba, dejando la amargura de su vencimiento en el alma de las otras pobres vírgenes.

Su abandono se volvía odio contra las madres; las aborrecían a ellas más que a los padres. Cada una de las embarazadas que veían en el patio de la Casa de Maternidad les recordaba la figura de la madre desconocida, a la que no amaban ni compadecían; y el sentimiento filial que no había podido esplayarse en ternura, convertido en odio, en rencor, en amargura, se excitaba contra ellas. Cada vez que las veían cerca les arrojaban cuantos objetos encontraban a mano, gritándoles:

—¡Infames! ¡Canallas! Por otras como vosotras estamos nosotras aquí!

Isabel oyó las brutales palabras y experimentó un terror que paralizó su sangre. Erán un anatema, una maldición que resonaba dentro de su propia conciencia; bajó la cabeza y echó a correr huyendo de las infelices que la apostrofaban, como si ella fuese su madre, como si todas las mujeres estuviesen unidas y confundidas en una maternidad común con las mujeres que habían abandonado a sus hijos.

Llegó donde estaban las otras asiladas en el momento que salían para ir a la capilla. Algunas se fijaron en su semblante pálido y en su expresión de angustia y se sonrieron. Ya sabían lo que era aquello; por eso no se acercaban jamás a aquel lugar. Huban todas llenas de miedo ante la aparición acusadora de las pobres incluseras, que eran como un grito penetrante de su conciencia.

* * *

Sintió toda la mañana aquel dolor agudo y punzante que se extendía desde los riñones a la delantera del vientre como un calambre; pero no se atrevió a quejarse ni a decir nada, temerosa de equivocarse y provocar el enojo de la comadrona, que se molestaba cuando la llamaban sin motivo.

De pronto le pareció sentir un chasquido dentro de su vientre y un dolor tan vivo que le hizo lanzar un grito.

Se sentía morir presa de una angustia inmensa y de aquel dolor que le rajaba las entrañas; de pronto experimentó una sacudida como si le vaciasen el vientre, como si la desgarrasen, y en seguida una sensación de alivio, de bienestar, una luz inesperada, que le hizo perder la conciencia de lo que sucedía.

Cuando volvió a recobrar sus facultades estaba tendida en una cama de la sala de paridas, la larga sala de grandes ventanas en la que había dos hileras de camas. Levantó trabajosamente la cabeza y miró a su alrededor. Todas las camas estaban ocupadas; había en cada una una mujer que tenía al lado un paquetito. Miró cerca de sí. También había allí un paquete. Se le oprimió el corazón con un sentimiento indefinible que no sabía si era de contento o de pesar. ¡Tenía un hijo! ¡Un hijo!

Sentía deseos de verlo, de ver cómo era, de saber si era niño o niña. Se acercó una monja que velaba a su lado, y le dijo con voz cariñosa:

—Vamos, hija mía; ya pasó el mareillo. Ahora, a dar gracias a Dios Nuestro Señor, a su Santísima Madre y a San Ramón bendito, que la han sacado con bien.

—¿Qué es?—preguntó Isabel cuando la emoción le dejó articular aquellas dos palabras.

—Una niña.

Sintió que se le oprimía el corazón. Sobre el egoísmo que veía en la niña una compasión, una especie de reproducción de ella misma, triunfaba su cariño de madre y se afiliga de poner en el mundo una hija, una mujer más; otra que reproduciría su tragedia y la tragedia de todas las hembras malogradas siempre, lo mismo en su entrega que en su integridad. Aquel sentimiento se condensó en una frase:

—¡Una niña! ¡Pobrecita!

Repetía maquinalmente la frase de la monja, sintiendo una gran compasión por su hija, a la que pedía inconscientemente perdón por haberla traído al mundo.

La monja destapó suavemente el embozo de la cama y aproximó un extremo del paquetito de carne lida en trapos al rostro de Isabel. Ella vio una masa tierna y rosada, en la que apenas se acusaban las facciones, y una cabecita cubierta de un cabello débil y sedoso, como plumón de pajarillo, pero de un negro intenso y de más de un centímetro de largo. La monja notó lo que miraba, y apartando el gorrito de la recién nacida, dijo:

—Ve...; se le puede hacer un moñito... Vamos..., béselala.

Le acercó a los labios aquella carne blanca, calentita, con un olor a óleo, a causa del paño con aceite que habían pasado sobre ella. Isabel besó... y rompió a llorar. Había sentido entonces por primera vez la realidad del hijo; le había abrazado el corazón aquel beso... ¿Podría separarse de aquel pedazo de ella misma, que se le había arrancado de las entrañas? Vinieron todos los recuerdos, todas las amarguras... y él... ¡él!, Fernando, marcando un sello indeleble en

su vida con su paternidad, viviendo aún para ella en aquella criatura, que le había producido una sensación de calor y suavidad semejante a la de sus besos. Conforme antes había experimentado todo el dolor y la miseria de la maternidad física, ahora sufría todo el dolor y el desencanto de su maternidad moral. La sentía pesar sobre ella, imponiéndole las más duras obligaciones, y esclavizándola por un sentimentalismo del que no se podía librar.

Lloró desconsoladamente.

La monja volvió a dejar la niña a su lado y le acarició la frente, diciéndole afectuosa: —¡Pobrecita! ¡Pobrecita!

Aquella caricia fué un gran consuelo en el abandono en que se encontraba. Había tenido suerte en la asistenta Sor Angeles; era la más cariñosa, la más comprensiva de las hermanas; porque entre tantas monjas se encontraban todos los caracteres, que no se habían modificado con las ropas, y que seguían siendo tiernos o despóticos, delicados o groseros, a despecho de la mesura que se querían imponer.

Luego, más tarde, cuando sintió a su hija pegada al pecho, alimentándose con su jugo, le pareció que estaba aún tan unida a ella como si aún la tuviese en sus entrañas. Estaba quizá más en sí misma, más dentro de su corazón.

Al día siguiente las monjas le hablaron de bautizarla; era un cuidado que no descuidaban nunca. Lo que más les interesaba era enviar angelitos al cielo. Morían los niños recién nacidos con una proporción alarmante y había que velar por que no murieran sin bautismo, abrir ante ellos la puerta de la Gloria para regocijo del Señor, como si sólo para eso hubieran sido hechos.

Desaparecían los pobres paquetitos de un modo que no se explicaba qué fin habían llevado con venir a la vida. Era como el paso de una estrella fugaz; un absurdo de nacer para morir como si no tuvieran más misión que la de conocer el dolor. Unos estaban acurrucados de un modo alarmante, otros no tomaban bien el pecho. Los médicos apenas les prestaban atención, perdida quizá un poco la compasión a la infancia entre tan abundante cosecha. Todos los días se escuchaban lloros y gemidos de las madres que veían morir a sus crios.

Las que no querían que bautizaran sus hijos en la capilla de la Maternidad, pagaban siete pesetas en San Millán y una peseta a la comadrona, en cuyos brazos recibían el agua bautismal la mayoría de los niños.

La casada, acostada unas cuantas camas más allá de Isabel, no dejó perder la ocasión de humillar a sus compañeras.

—Mi hijo se bautizará en la iglesia e irán sus padrinos y su padre para ponerle los apellidos—dijo con orgullo, pelearo con las monjas, que no consentían en legalizar los niños que nacían allí, temerosas de un engaño, ya que no podía investigarse la paternidad.

Los que deseaban reconocer a los hijos tenían que ir con los testigos a inscribirlos en el Registro Civil.

Isabel guardaba silencio. La monja se aproximó a su cama.

—Vamos a llevarnos esta morita—dijo—para traérsela hecha una cristiana. Su madrina espera.

—¡Su madrina!

La monja se sorprendió de su extrañeza.

—¿Cómo! ¿No sabe usted?

—¿Qué?

—Ha venido una joven...; dice que es parienta de usted...; ha pagado el bautismo... y está esperando... Se llama Agueda Martínez.

Isabel lloraba, conmovida de aquel rasgo de ternura de la amiga. La monja volvió a preguntar con desconfianza:

—¿Pero no lo sabía usted?

—Sí, es mi hermana... mi hermana del corazón.

—Por cierto que ha encargado que diga usted cómo quiere que se llame la niña.

—Agueda.

Depositó un beso sobre la cabecita de la niña, y así que vio salir a la hermana con ella, cerró los ojos. Agradecía con toda la fuerza de su sangre la atención de su amiga, que acogía a su hija y parecía redimirle de la mancha original de su nacimiento.

Cuando pasaban los minutos crecía su desasosiego, su impaciencia porque le devolvieran la niña. ¿Se la cambiarían? Era una duda que la asaltaba cada vez que la llevaban a empañar y le hacía esperarla ansiosa siempre. Ya no concebía la vida sin aquella criaturita a su lado. Se había refugiado en ella toda la ternura de su corazón.

Abrió los ojos al oír la voz de la Hermana:

—Aquí tiene hecha una buena moza a Fernandita.

—¿Fernanda?

—Sí—dijo la comadrona—; lo ha querido así la madrina, que dice que la espera con su cuarto preparado y la canastilla hecha.

Ella no dijo nada; pero inclinó la cabeza y lloró, besando a la niña y ofreciéndola como regalo la blancura de su pecho.

Deseaba tanto salir de allí que por un esfuerzo de voluntad se restablecía rápidamente. Las conversaciones de cama a cama eran siempre las mismas; se contaban lo que habían sufrido. No se oía hablar más que de la *bolsa de las aguas*, de las secundias y de los dolores...

Se veía allí el crimen de tener hijos enfermos, miserables, cuya responsabilidad parecían asumir las madres, que eran las menos culpables, por como les alcanzaba una parte tan grande en su sufrimiento. Muchas, en su dolor, tenían palabras de maldición para los hombres que las habían conducido a aquel estado, y en otras venía aún el amor, sobreponiéndose a todo otro sentimiento.

Casi todos los pequeñuelos se veían atacados de oftalmía purulenta por el contagio del puerperio maternal; otros tenían la boca mala, con aquella especie de hongo blanco que les cubría los labios y la lengua, y que era preciso arrancar despiadadamente. Era un espectáculo doloroso y repugnante al mismo

tiempo el contemplar toda la sociedad y todo el agobio de la maternidad. De vez en vez una protestaba:

—¡Y que seamos las mujeres tan tontas que nos venamos así!

Otra decía:

—Si hubieran de parir los hombres y pasar estos trabajos, se acabaría el mundo. Ya supo Dios lo que se hacía.

A veces una, con más filosofía, profundizaba en la llaga:

—¡ Pobres hijos!

—¡ Pobres inocentes!

Unas a otras se preguntaban continuamente:

—¿Te vas a llevar el crío?

Las que podían hacerlo respondían con orgullo un ¡ya lo creo! que daba a entender que siempre abrigaron los miamos propósitos.

Algunas contestaban con un "Sí..." tan vacilante que se veía en él la resolución recién adoptada, que las iba a lanzar hacia lo desconocido con el hijo en brazos.

No faltaban las que, llenas de ardor maternal, decían:

—Sí. Me lo llevo aunque nos muramos de hambre juntos.

Otras, menos valientes, suspiraban:

—¡Qué remedio! No lo puedo llevar.

Contaban sus cuitas: consideraciones de familia..., imposibilidad de poderlo criar...

Casi siempre repetían:

—Pero en cuanto pueda vendré a buscarlo.

Lo decían de buena fe, como si ellas mismas trataran de engañarse y de tranquilizar su conciencia.

Cerca de su cama había una jovencita morena, de ojos grandes y una rara belleza, tan débil, tan enferma, que no se movía ni hablaba apenas. Si tenía un momento de energía era cuando la hermana enfermera le acercaba el hijo a mamar. Se revolvió furiosa:

—No, no; no quiero... No tengo leche.

—Vamos, hija—decía la monja, con paciencia—; no sea mentirosa, que Dios Nuestro Señor castiga, y si no quiere darle la leche al niño le saldrán postemas.

La amenaza asustaba a la mujer dolorida que se dejaba acercar la criatura al pecho y sufría como un mártir el dejárselos descargar, poniendo siempre un gran cuidado en no mirar al hijo.

Las otras, tan enamoradas de los otros, o tan entristecidas por tenerlos que abandonar, odiaban al número 8 por ser tan desnaturalizada.

Isabel tuvo la suerte de que su hija no padeciera más que un ligero catarro, casi inevitable, dado el descuido con que los lavaban y empañaban las monjas, y a los cinco días pudo ya levantarse de la cama. Al ponerse de pie experimentó una sorpresa. ¿Y su barriga? No se había dado bien cuenta de que no tenía su barriga. Se encontraba vacía, alisada, de modo que inconscientemente se amazaba, se inclinaba hacia adelante, sintiendo una tirantez, un hueco en el sitio donde tuvo el peso de su barriga. A los

siete días, estando bien, los médicos daban el alta y las ponían en la puerta de la calle, vestidas con la ropa con que entraron, sin cuidar lo que sería de ellas.

Pero durante aquellos siete días trataban de encariñarlas con sus hijos, haciendo que les dieran el pecho; procuraban que sintieran el impulso de no abandonarlas, obligándolas a entregarlas ellas mismas; pero no se cuidaba de proteger a la madre desconsolada de conservarlos, y que tenía que doblegarse ante la pobreza y la falta de medios de vida. Nada que protegiera a la madre, que la ayudase a lactar. Sobre todo a la madre soltera, que había de ocultar la maternidad como una vergüenza.

Le explicaron todas las condiciones. Si había de dejar allí la niña, tendría que ir a entregarla al director, y desde la Casa de Maternidad pasaría a la Inclusa. No tenía que depositarla en el torno. Bastaría con ponerla en aquella máquina que las monjas llamaban la guillotina, con la que ajustaban a su cuello el precinto de la medalla en que constaba el número que había de servir para reconocerla. Muchas tenían miedo de que les cambiaran los hijos; pero con aquel procedimiento resultaba imposible. Podían estar tranquilas; los niños quedaban atendidos y se los daban a criar a amas, a las que pagaban tres duros mensuales; pero no los dejaban ver de las madres, que sólo una vez al mes, el primer domingo, podían saber noticias de ellos; noticias lacónicas, de una sola palabra, dicha con igual indiferencia a todas las que formando interminable cola se acercaban a la ventanilla:

—¡Vive!

—¡Ha muerto!

Unas se iban tranquilizadas para un mes y otras se apartaban desbechadas en lágrimas, en las cuales entraba por mucho el remordimiento. Sólo las que pagaban seis duros a la Inclusa eran las que tenían derecho de ver a sus hijos cada quince días. Pero hasta las que se quedaban a criar en la Inclusa no podían criar sus propios hijos.

* * *

Todo aquello había sido obra de Agueda. Fué ella la que de un modo hábil había preparado la encerrona que puso frente a frente a los dos amantes cuando Isabel no quería hacer nada para atraerlo. En los primeros momentos había sido un desconcierto para él verse ante la realidad del hijo. No lo había comprendido antes, como lo comprenden las madres. Miró con curiosidad la carita mal delineada en la carne blanda, de un color rosado, buscando en ella rasgos suyos o rasgos de Isabel. Poco a poco creía distinguir un parecido, como si se mirase en un espejo empañado... Sentía despertarse en su alma un sentimiento de ternura. Sabía que era su hija porque lo decían. No se había desprendido de sus entrañas como de las de Isabel, y, sin embargo, la creta tan suya como de ella. En su ternura había

como una soberbia de creador, un orgullo de verse reproducido. Alargó un dedo y lo introdujo en el pumo cerrado de la niña. Su calor, su blandura le hicieron estremecerse y se inclinó para besar aquella carita, sin decir una sola palabra.

Después sus ojos buscaron a Isabel. Le pareció una mujer nueva; pero más saya que la otra. Era como si al dar aquella vida la joven tuviera toda la madurez y la lozanía de las plantas que han florecido y dado su fruto, ofreciéndose a otra nueva floración.

Su largo cuello aristocrático, que con tanta garardía sostenía la cabeza, estaba más firme, más lleno; se asentaba sobre un busto desarrollado, un tallo de mayor estereoz. La belleza de la niña se había convertido en la belleza de la mujer.

Fernando, sin querer confesárselo, sintió un nuevo enamoramiento por Isabel. No se tomó la molestia de pedirle perdón por su abandono. Era como un derecho suyo el poderla tomar o dejar a su capricho. El hijo era como una huella, una marca de esclavitud que él había puesto sobre su cuerpo. Le pertenecía la cría y esto lo hacía dueño de la madre. Ella debía transigir con el deber de aceptar al padre de su hija.

Las primeras semanas transcurrieron en una especie de noviazgo. El, atraído por la belleza de la madre, que se traducía como cariño a la hija, quiso que vivieran juntos. Su proyecto de formar aquel hogar le entretuvo en los primeros días para no dejar de ver todo el desencanto con que ella volvía a aquel amor, después de su primer desencanto.

Fernando tenía un modesto sueldo de empleado y había de mantener su casa con lo mismo que gastaba en la casa de huéspedes. En realidad no hacía más que cambiar de alojamiento; una patrona bella, capaz de satisfacer todos sus deseos, y una casa de la que se sentía dueño y señor absoluto.

Isabel era, como lo es casi siempre la mujer en los matrimonios de la clase media, una especie de patrona de casa de huéspedes, una criada distinguida, una ama de gobierno para servir al señor.

Así la pobre mujer tuvo que tomar aquella criada traintarrealera para que le hiciese los mandados, lavase los pañales y cuidara de mecer a la niña, a la que ella no podía atender, ocupada continuamente en guisar, lavar, planchar, coser y arreglar la casa, sin darse punto de reposo.

No veía a Fernando más que a las horas de dormir y a las horas de comer. Cambiaban pocas palabras sobre las necesidades de la casa o de la niña, a la que criaban con biberones de la Gota de Leche. El no le hablaba de sus proyectos, de sus empresas ni de sus diversiones. Se sentía molesto por el ambiente frío, triste, de la casa de paredes desguarnecidas, desnudos de esteras los suelos, con escasos muebles viejos las habitaciones y más que escaso menaje de vajilla y de lencería.

A pesar de todos los esfuerzos de Isabel, la mezquina asignación no bastaba a cubrir

gustos. Se esforzaba por ponerle a él principio y por servirle de noche un par de huevos y chuletas con tomate, mientras ellas se contentaban con el cocido solo o con el plato de patatas o judías. Pero él era el hombre, el señorito. Necesitaba el vino, el café, el postre... No le podía faltar el tabaco, y era preciso hacer milagros para tenerle la ropa limpia e impecable. Se enfurecía si le faltaba camisa limpia, o si un cuello no estaba bien planchado, insultando por igual a la criada y a Isabel.

Además, Fernando se hacía exigente, difrazaba su despotismo con la máscara de los celos. No quería que los visitas tanto Agueda. Aquellas amigas no eran de su agrado.

—Lo que tengas que decir, me lo dices a mí. No necesitas a nadie más. En casa de mi madre jamás ha habido entrantas ni sientas.

No se atrevía Isabel a oponerse a sus deseos ni a rebelarse contra su servidumbre. ¿Para qué? Estaba segura de que él no la amaba ya. Pasaba noches enteras sin ir a la casa y apenas se dignaba disculparse. Se daba cuenta de que había entre los dos algo incompatible, compatible sólo con la hija. Los dos amaban a la hija; era lo único que los unía. Conforme pasaban los días creían ver en ella nuevos rasgos de inteligencia.

—En cuanto oye la voz del padre vuelve la cabeza—decía la joven.

—Ayer me oyó y dejó el biberón para mirarme—decía él, ufano.

Ambos se extasiaban cuando, dándole golpecitos en la barbilla, le hacían decir:

—¡Ajooo...!

O reír con esa risa callada de los niños. Se acercaban a la cama a verla dormir.

—Di *Dios te bendiga* y no la mires mucho mientras duerme, que es malo—advertía la madre.

Fernando sonreía, sin hacer caso de supersticiones; y solía preguntar, mirando la carita movible de la pequeñuela, que en su sueño movía los labios como si mamasen o contraía el rostro con gestos de llanto y de risa:

—¿Qué soñará este muñeco?

Un día se lo explicó la tía de Agueda:

—Es que se acuerdan de lo que han sufrido para nacer, y por eso lloran.

—¿Y cuándo ríen?

—Ven al ángel de su guarda en sueños.

Toda aquella contemplación, aquella personalidad de la hija que se iba desenvolviendo los esclavizaba. Le hacía a él volver a la casa, y a ella soportar todas las pesadumbres. Se acostumbraba ya a mirar en el hogar un refugio, en el que no tenía que luchar para ganar el sustento; como si todo aquel trabajo no fuese un esfuerzo que mereciese la recompensa. Creía que trabajar en su casa no era trabajar, y seguía en su vida de domesticidad, mecánica, casi irracional, acostumbrándose a ella, sometándose a ella, para perder hasta la noción de la libertad.

La vida les dominaba con su fuerza mayor que la de querer separarse.

Y a medida que los días transcurrían, él se iba sometiendo también a la costumbre, y

ella sentía la necesidad de mantener aquel hogar tan trabajosamente formado. La hija se convertía para ella en una especie de escudo. Por la hija se podría hasta casar. Fernando, que cada día era más extenuado y más amante de la niña, no podría dejar que llegase un día en que ésta preguntase su nombre y no se lo pudiera decir.

Tendrían que casarse para que Fernandita no se avergonzase en el colegio de sus padres..., y para más adelante... cuando se hubiera de casar ella. A pesar de que el matrimonio era remachar su cadena, deseaba casarse, firmar su contrato de una esclavitud de que aún podía redimirse; pero el casamiento era una especie de triunfo sobre él y sobre todos. Era el medio de hacer callar a los hipócritas. A veces pensaba en lo hermoso del gesto de la mujer soltera que con un hijo en brazos desdénase al amante y supiera vivir sola. ¿Pero cómo? ¿Podría lanzarse a la lucha una mujer pobre con un niño en brazos? Tendría un millón de probabilidades en contra suya. Se habría de resignar, y su única liberación era el matrimonio y se aferraba a la chica, cuidándola con un amor egoísta; inquieta siempre de ver desmoronarse toda su vida al contemplar a la pobre niña triste y melancha, como si estuviese maculada para siempre por su nacimiento en la Casa de Maternidad. Tal vez era que ella no amó a la hija lo bastante antes de nacer, que no la cuidó entonces bastante. Le había faltado la leche, seca en sus pechos apostemados, para poder la criar. En vez de acallarla con su pecho tenía, cuando no le daba el tiberón, que darle a manar aquella especie de pezón de goma que la engañaba y la entretenía hasta que le hacía dormirse cansada y exhausta de chupar en vano. Parecía que aquella leche de las botellitas de cristal, deshidratada, descremada, con la prescripción de la hora a que había de tomarla no sentaba bien a la niña. A despecho de todos los cuidados, se la veía cada vez más daquita, las piernecitas secas, el vientre abultado, los brazos como ahiellas sin plumas y el pesnezo delgado como un hilo que no pudiese sostener el peso de la cabeza, que se balanceaba de un lado a otro. La carita de un blanco de cera se demacraba hasta tomar el gesto de una cara vieja, y a los ojos tristes parecía asomarse el alma pensativa, alojada allí, que deseaba escapar.

A la pobre madre se la oprimía el corazón. La niña tenía todo el aspecto de esos pajarillos a los que, para que no vuelen, se les retuerce un ala.

* * *

¿Era vivir aquella vida suya desde la muerte de Fernandita?

Se le había apagado entre los brazos, por agotamiento de la vida, y se la habían quitado de ellos cuando, cansada de sufrir y llorar, medio entontecida por el dolor, ya no se daba cuenta de nada.

Aquellos días estaba la puerta abierta, y todas las vecinas, las conocidas, las antiguas

amigas entraban y salían, atormentándola con sus preguntas y con sus consejos. Cada una le contaba un caso semejante al suyo, una curación milagrosa de un niño desahuciado por la ciencia, y que se salvó con una fórmula sencilla: una untura, una oración.

—Pruébalo...; eso no le puede hacer daño. Ella lo ensayaba todo desesperada, y repetía con convicción profunda:

—No..., no...; mi hija se muere.

Las amigas la recriminaban.

—¡Claro! ¡Si a ti te falta la fe!

Otras la decían:

—No te apures, los niños son como la flor de la maravilla, que parece a la noche que está seca, y amanece fresca y lozana.

Pero la niña no se curaba. Se le había acabado la voz y permanecía inmóvil, sin más señales de vida que un gemido débil y profundo que indicaba sufrimiento. A veces, cuando el quejido cesaba, la madre la movía con violencia, asustada de que ya hubiese muerto, y la criaturita abría los ojos, unos ojos tristes, dolorosos, en los que había como una súplica. Era una mirada que se le clavaba a la madre en el alma, que se le quedaba allí, que no se le borraría jamás. En algunos momentos deseaba verla cesar de sufrir, fuese como fuese; pero luego, espantada de esa idea, apretaba el cuerpecillo entre sus brazos. No quería que se muriese; mientras fuese vida, tendría esperanza.

La prendera le preguntó:

—¿Es usted devota de la Virgen del Carmen?

Ella miró asombrada.

—¿Devota...? No...

Ella no tenía tiempo de ser devota de nada. Iba de prisa, empujada fatalmente por la rampa de su vida, y no había tenido tiempo de pararse a contemplar nada en su espíritu. Acogía lo mismo las prácticas religiosas que las supersticiones de la piedra que come o de la baraja que adivina el porvenir.

—Entonces—repuso la mujer—lo que tiene pensando a la niña, sin poder separar el alma del cuerpo, es que no ha venido la comadreja. Es menester llamarla.

Cuando Agueda llegó, la mirada cruzada con la suya decía todo el cariño que se guardaban, aunque ya no podían vivir unidas. No era ya libre Agueda tampoco. Detrás de ella estaba Joaquín, al que Isabel no había visto en tanto tiempo. Se dió cuenta en seguida de que los dos estaban unidos por el amor. A pesar de la tribulación del momento, notaba el aire de reposo, de paz que había en ellos. Estaban centrados, completados en una unión extraordinaria de esas en que rara vez se encuentran seres únicos.

Agueda le hizo solemnemente la cruz a su ahijadita, que, como si efectivamente cesase eso y ya hubiera realizado toda la misión de dolor que trajo al a tierra, cesó de respirar.

No fué cuando se la quitaron ni en los primeros días cuando Isabel sintió toda la amargura de la pérdida de la niña. Estaba tan cansada, tan atormentada, que no se daba cuenta. Se dormía rendida, y al despertar buscaba aún a su lado el cuerpecillo. Se

despertaba a las horas de darle el biberón y, ya despierta, le parecía escuchar sus gritos y sus lloros. ¡Cómo era posible que una criatura tan pequeña hubiese podido dejar tantos recuerdos, capaces de llenar una vida!

Calmadlos los primeros arrebatos, cuando ya las gentes oficiosas que habían intervenido los dejaron solos, Fernando y ella se miraron, como si no se conocieran bien, con una mirada de extrañeza. Se había ido algo de los dos, lo que los ligaba, lo que los mantenía unidos. Veían bien claro que ya no se amaban en sí, se amaban en la hija. El amor de la niña, en vez de unirlos, los había separado; era un amor más fuerte que el suyo, y los dos, en vez de amarse el uno al otro, habían amado a Fernandita; la hija se había llevado todo el cariño que ellos pudieran profesarse, los había curado de su afecto mutuo, y ahora, muerta ella, era imposible hacer revivir su ilusión.

Eran penosos los momentos en que tenían que estar frente a frente solos, sin la pantalla de la hija. Se hacían entre ellos los grandes silencios, llenos de indecisión, violentos, en los que aún dominaba en él respeto para la madre de Fernandita, y en ella la resignación de la impotencia y de la costumbre. Fueron las circunstancias materiales que les apremiaban las que provocaron más de prisa la ruptura. Los gastos de la enfermedad y el entierro venían a hacer más aflictiva la situación económica. Se despidió a la muchacha, y la pobre Isabel tomó sobre sí todos los quehaceres. Pero durante aquel tiempo había abandonado la serie de combinaciones con las cuales ocultaba a Fernando la penuria de su hogar. Ahora ella se proponía sujetarse a todas las privaciones para nivelar su situación, pero no les dió tiempo; alarmados los acreedores, la hostigaban, la perseguían, llegaban cuentas y cuentas; gentes a las que no podía despedir; que se obstinaban en ver al señor y gritaban y se insolentaban reclamando lo suyo.

En su desamor, Fernando aparecía tal como era: brusco, seco, dispuesto a no continuar. Le recriminaba brutalmente todas aquellas deudas, que sólo representaban el esfuerzo de la pobre mujer para sostener la casa sin que nada faltase, echando sobre ella todo el fardo de cuidados, apuros y responsabilidades. El comprendía que los hombres, en sus compromisos, pudiesen contraer deudas; pero no lo concebía en las mujeres. De las recriminaciones pasaron a los insultos, a la injusticia, a los escándalos y los malos tratos, de un modo ruidoso, del que se enteraban los vecinos.

—Jamás ha habido una deuda en mi casa—vociferaba él, como si eso hubiese sido un timbre de honor—. Las mujeres buenas y honestas, como mi madre, no contraen una deuda jamás, y menos a espaldas de su marido. No estiran el pie más que hasta donde llega la sábana.

Contaba cosas verdaderamente asombrosas, por la brutalidad egoísta que acusaban, y que a él le parecían muestras de entereza y voluntad. Llegaba a privarse de todos los gustos, a pasar hambre, a no comprar medi-

cinas a un enfermo. Todo antes que contraer deudas.

—Lo que no se puede, no se puede.

Cuanto había de noble en Isabel protestaba de aquella humillación constante. Muchas veces sentía el deseo de huir, de escapar de allí; pero se creía retenida aún con un deber para con el padre de su hija.

Sin duda, Fernando experimentaba los mismos deseos de echarla, y se contentaba por igual respeto. Aquella vida de desamor, de odio más bien, no podía prolongarse.

Un día él salió y no volvió más. Le anunció en una carta que no volvería. Le dejaba la casa con los cuatro trastos viejos, que no bastaban para atender a sus deudas, y con cuya venta no tendrían para comer ocho días. Se creía así un perfecto caballero que podía vanagloriarse de su conducta.

* * *

Caminaba lentamente, como si quisiera retardar el momento de la llegada. Otra vez había caminado así, cuando entró en la Maternidad. Le habían buscado colocación en la Agencia. Se necesitaba un ama seca en casa de unos burgueses ricachones, y no tuvo más remedio que aceptar aquella servidumbre penosa: tenía que cuidar tres niños mimados y consentidos, que la maltrataban de palabra y de obra. En vez de ser respetada por ellos, había de sufrir todas sus impertinencias, sus faltas de respeto y contribuir a que desde pequeños se creyeran superiores y dominantes.

Aceptó su puesto en la mesa de la servidumbre, su camaradería con los criados, que la miraban con recelo al verla tan poco comunicativa.

—Se creerá que es de mejor casta—comentaba un lacayo, herido por su desvío.

—Tiene humos de señorita—decía la cocinera.

Isabel ocultaba cuidadosamente todo su pasado; allí era tan peligroso que supieran que en vez de proceder del pueblo procedía de la burguesía acomodada, como que llegasen a entender algo de su vida anterior.

Había cortado toda clase de relaciones con sus antiguos conocimientos; no sabía nada de dónde estaba, ni siquiera Agueda, que era ya madre de un hermoso niño y que había caído en esa especie de egoísmo que domina ante el llamamiento tiránico de la vida feliz y enamorada de los suyos.

Tenía la seguridad de que no la conocerían si la vieran en la calle con el uniforme de ama seca que le hacía llevar la señora. Aquella especie de librea, con el gran delantal, los largos pendientes y la cofia tan rara, que le hacían parecer una máscara.

Había aceptado aquella vida con esa resignación con que las hermanas de la caridad cumplen sus votos; en su deseo de agradar, de acomodarse al medio, no se daba punto de reposo.

Se levantaba temprano para preparar los desayunos de los pequeñuelos y las ropitas que ella misma limpiaba y costía. Los acompañaba durante todo el día, prestandose a

sus caprichos, los llevaba al Retiro o al Parque del Oeste y se sentaba en un banco, uno de aquellos tristes bancos de las inválidas de la vida, que habían vuelto a tomar parte en su primitiva significación. Llevaba siempre consigo su labor de crochet o de punto de aguja, destinada a guarnecer la ropa de los niños, en la que trabajaba con un celo que le había granjeado el afecto de la señora, de suyo descontentadiza e irascible.

Los criados la trataban ahora con más respeto, con esa acomodación fácil de la gente servil, pronta siempre a respetar a todo favorito. La Agencia, por el dinero que le había producido su colocación, había dado todos los informes necesarios al gusto de la rica-chona, y ella se había tenido que prestar a la superchería y a aprender la lección que se le daba. Tan buena maña se dió, que no sospecharon de sus palabras, y ya, creyendo saberlo todo, no la inquietaban con nuevas preguntas. Pero cuando trabajaba con tanto ardor, ocultando el rostro con el pretexto de su labor, sin mirar a nadie de los que pasaban cerca de ella, lo hacía dominada por el miedo de encontrarse frente a alguno de sus antiguos amigos que pudiese reconocerla. Sobre todo, la aterraba el volverse a encontrar frente a Fernando. Hubiera deseado verlo, pero estando ella bella y triunfante; no así, humillada y envilecida. A veces pensaba que vería así debía ser una vergüenza y un remordimiento para él, que le había hecho perder su colocación en el bazar y había deshecho su vida, privándola hasta de la esperanza de hallar a su paso un amor honrado.

Seguía bella, más bella que nunca; con su cuello erguido, su cabeza de facciones noble, con su corona de cabellos castaños y sus ojos color tabaco, tan sofadores y tan dulces. Su cuerpo se había formado, su talle adquiría esa elegante redondez que no tienen las niñas; aún despertaba esa fácil simpatía que sigue el paso de la hembra, y aún al pasar sonaban frases de amor en sus oídos. Pero Isabel no quería oír aquellas frases. Tenía ya el desencanto del amor, sin haber amado en realidad, la desconfianza de todos los amores. Su uniforme de una seca la revestía de la castidad de un hábito que la alejase de todas las pasiones.

Amaba a los niños, y confundía con la imagen de Elvirita, la niña menor, la imagen de su hija. La seguía con mirada triste en sus juegos, siempre absorta en el recuerdo de lo que hubiera sido su hija a su edad; y luego al acostarla, al bañarla, al rodearla de cuidados y mimos, sentía cierta pena, cierto desconsuelo, al pensar que su hija no hubiera podido disfrutar de los cuidados. Si viviera, sería una niña anémica, débil, sufrante, destinada a desecharlo todo y a carecer de todo...; y si pasaba de la infancia, ¿qué sería de su juventud?

La mujer, por ser mujer, era siempre desgraciada. Tenía que estar dominada por la esclavitud de su sexo. Se veía hasta en casa de la señora. Esta, joven y bella, soportaba la misma vida, la misma soledad moral que sufría ella cuando vivió con Fernando. El señor era brusco, indiferente, apenas pa-

raba en la casa ni se ocupaba de su mujer. Ella parecía tranquila e indiferente; era como una muñeca llena de vanidades, desde la vanidad de la toilette hasta la vanidad de la filantropía. Ocupaba su vida en todo aquello porque su vida estaba vacía y no podía ocuparla en los grandes ideales, para los que no estaba capacitada. Por ser mujer, todo se hacía pequeño en ella; hasta la misma caridad se tornaba en sus manos un juego. Había que valerse de fiestas; abonos de teatro, bailes, tómbolas para excitar la caridad de los demás. Había que recurrir a los hombres que les dieran los medios para su obra, desplegando para conoverlos sus tristes preeminencias de mujer que parece que se da y se ofrece siempre que pide o suplica.

Escuchaba contar entre las criadas escandalosas aventuras de su amo. Aseguraban que la señora las sabía y que le eran indiferentes; pero creía que no debía ser así, porque algunas mañanas al entrarle los niños para que los besara la veía con los ojos enrojecidos y el rostro pálido, y adivinaba en ella el callado sufrimiento que la sociedad en que vivía imponía a la mujer. Se le toleraría la venganza con la misma arma que la hería; pero no se comprendería la pasión, los celos, el amor al marido, que la pondría en ridículo. No se comprendía que se amara al marido ni al amante.

Esa sería luego la suerte de la pobre niña; sería mejor no hacerle conocer horizontes más amplios y aspiraciones más nobles para tropezar con la vulgaridad, con la impotencia, con su misera condición de mujer.

Ya desde pequeños, en su misma casa, estaba establecida la desigualdad. Dieguito dominaba a las dos niñas, Marta y Elvira, que tenían que ceder a sus caprichos. El niño era travieso, autoritario, despótico, se hacía servir de las hermanitas, a las que maltrataba si no le obedecían y las obligaba a ceder. Lo raro era que no sólo el padre, sino la madre daban siempre la razón al niño. El era el hombrecito, el heredero, tenía más alta misión que cumplir y merecía otras consideraciones.

Era la idea de la importancia del hombre que se le inculcaba desde niños. ¿Cómo iban a ser justos con las mujeres si se educaban en un hogar donde reinaba la injusticia y eran tratadas a las madres en un plano secundario e inferior?

Perdura el concepto del hogar latino, con el hombre dueño y señor, sin saber hacer un uso ínto y ecúmenico de su soberanía. Las pobres mujeres estaban acostumbradas a obedecer sin discutir.

La rica-chona, aparte su vanidad y endiosamiento, era una mujer digna y discreta. Una mañana Isabel sorprendió una conversación con una de sus amigas íntimas, que le aconsejaba una dulce venganza.

—¿Para qué?—había respondido la señora.—No vale la pena de cambiar. Casi todos son lo mismo, y al fin y al cabo, mi marido me estima. Los otros no me estimarían siquiera.

* * *

Había llevado los niños al teatro de polichinelas en aquella tarde lluviosa, y los acompañaba ya a su casa oyendo los comentarios de los pequesuellos respecto a las comedias hechas por aquellos muñecos que tomaban tanta vida en su representación.

Era lo que más le molestaba de todo aquellas tardes en que tenía que llevar a los niños al teatro o al cinematógrafo. En el primero tenía miedo de encontrar a personas que la conociesen: en el segundo hallaba demasiados recuerdos: el recuerdo de su primer beso. ¡Si encontrara a Fernando acompañando a otra!

A veces sentía el deseo de verlo, fuese como fuese. La aterraba pensar que dentro de algunos años ya sería Fernando un desconocido para ella, y que podría verse dentro del olvido, de la indiferencia, después de sus días de pasión. Era cruel sobrevivirse después de una crisis así.

Tal vez su miseria, obligándola a la lucha, liberándola de la costumbre, la había salvado de la desesperación.

Cuando entró en la calle donde vivían sus amos oyó un clamor de multitud, ese chillido de los muchachos que antecede a todo tumulto o manifestación.

Corrió a ponerse delante de las niñas, que se agrupaban contra ella, asustadas de los gritos y del bullicio. Estaban casi bajo los balcones de su casa, pero no podían entrar, detenidas por la muchedumbre.

Por el centro de la calle avanzaba una mujer que, más bien que andar, se arrastraba, sujeta por dos guardias que la mantenían derecha, impidiendo que cayese cuando sus piernas se doblaban, sin poderla sostener. El cuerpo, sin fuerza y sin voluntad, iba de un lado para otro, en ese balanceo de los que andan mareados sobre las cubiertas de los barcos, y arrastraba en sus bandazos a los dos guardias, provocando la risa y la chacota de los chiteneles y mocetones que la seguían.

Se veía bien claro que era una borracha. Su ropa sucia y desgarrada, su cabello colgando, su cara congestionada e idiota, con ese aire de estupidez de los alcohólicos, y sus ojos brillantes y sin expresión, con una brillantez de vidrio, decían bien claro la embriaguez que la dominaba.

Su labio inferior se había convertido en belfo, y su voz desgarrada, opaca, tenía el acento monótono, mecánico, de fonógrafo descompuesto que tiene la voz de los borrachos.

A veces trataba de reaccionar, por un débil instinto de dignidad, casi apagada por la borrachera, contra los insultos que le dirigían en torno suyo.

—¡Borracha!

—¡Yo borracha! Jamás... Jamás... Es verdad que he tomado una copa de pardiño...; a mí me gusta una copa de pardiño como a cada quisque. ¿Verdad, guardias?... Es un pécero este pardiño... Se sube a la cabeza y calienta el estómago...; es la sangre de los pobres que no comen carne. ¿Verdad, guardias...?

Sintió Isabel una gran conmiseración hacia la pobre mujer. Sin disculpar su falta se

le hacía simpática al verla perseguida de aquel modo por todas aquellas gentes que parecían una trailla de perros hambrientos y rabiosos como contra su propia madre.

Todo el mundo se burla de ellas, las acusa, contribuye a exaltar su locura o sus vicios. Nadie las salva, las cubre, las esconde. ¿No era ésta una falta que debían reputar todos como cometida por ellos?

La pobre borracha que pasaba gritando con su voz estridente, aguda, esa voz que atraviesa toda el alma, ¿merecía un trato más cobarde, más ensañado que el que merecen los borrachos? No. Y, sin embargo, en ella se cebaban más; la mordían más los chicos, la excomulgaban más todas las gentes.

Notaba una vez más el ensañamiento con la mujer. Aquella misma tarde en el teatro guifol, de donde venían, a través de la comedia ingenua, había visto el mismo ensañamiento contra las mujeres, y hacía pocos días, viendo un ventrílocuo, había visto ese mismo sentimiento reflejado en el tipo de la muñeca del ventrílocuo, que sufre todas las groserías del muñeco de al lado; haciendo reír a todo un público que parece ansioso de burla de mujer, de escarnio de mujer, de gitanerías, en las que insiste el muñeco, representante de los hombres como la muñeca lo es de todas las pobres mujeres descalabradas y burladas.

¡Oh! Si ella hubiese tenido una casa suya, con cuánto gusto hubiera abierto la puerta a la infeliz borracha para librería de todos; de los guardias, que se refan de ella, en vez de defenderla, y de aquella multitud que la perseguía. Hubiera librado a aquella multitud de su propia vergüenza.

Los niños, animados y repuestos ya de su gusto, al saber lo que sucedía, unían también sus voces a las voces de los otros para gritar a coro:

—Borracha, borracha, borracha.

Al ver a aquellos niños bien puestos, rozagantes y ricos insultar a la pobre mujer, no pudo Isabel contenerse, y olvidando su situación, levantó la mano y la descargó sobre el niño mayor y después sobre los otros: les pegaba con fuerza, secamente, con deseo de hacerles daño, haciéndoselo. No podía contenerse; saltó sobre su hipocresía de todos los días; perdió la paciencia, que no le habían hecho perder las malas intenciones embozadas, las ruindades desaguantables ni la atmósfera de mezquindad del palacio de los ríachones; lo que todo aquello no había podido hacer, lo logró el grito en que los niños aristocráticos y distinguidos se unían a todas las gentes que hacían befa de la borracha.

Les pegó con un deseo de justicia, de grabar en ellos una lección, un recuerdo que los hiciese mejores en lo sucesivo, de un modo seco y silencioso.

Pero los niños lloraron con locura, no sólo por el dolor, sino por la soberbia herida de verse así tratados por la sirviente, de quien tenían un concepto tan inferior.

Era inútil querer acallar aquellas barrá-
queras ruidosas, e inútil tratar de consolar

los; los llevó a su casa casi a rastras, deseosa de que sucediera lo que había de suceder y de que se desenlazase su situación.

* * *

El final tenía que llegar. Fue breve.

La senorona se indignó del trato que aquella mujer, considerada tan inferior, le había dado a sus hijos. Su marido se unió a ella, por única vez, con entusiasmo, unánimes los dos en las palabras inmundas y en los desprecios enconados.

Ella entonces se rebeló aún más, y como una venganza y una justificación les lanzó al rostro toda su historia, de un modo entrecortado, incoherente; poniendo de manifiesto su enguño, su decadencia, la indignación que había sufrido día a día.

Pero ellos no se conmovieron; tenían que ofenderla aún más y la dejaban hablar demasiado, como si esperasen la revancha. No la atendían, y, sin embargo, se enteraban del fondo de su relato, aunque no del comentario. Buscaban la manera de deducir nuevas acusaciones contra ella.

De pronto, Isabel guardó silencio. Su mucha experiencia, dominando su indignación, le hizo conocer que sería inútil cuanto hiciera. Se dió cuenta de que estaba ante dos de los traidores del drama social; ante dos de los muchos que lo provocan y lo corrompen; ante dos de esos en los cuales se apoyan los otros para seguir su moral fácil de seres dominadores que se imponen y mantienen en provecho suyo todos los prejuicios y todas las tiranías. Aquella idea le quitó la fuerza y le secó la boca.

Tragándose el *Adiós* final, salió del salón y se fué hacia su cuarto, seguida de la doncella, que la miraba recelosa, como si de pronto se hubiera convertido en un ser extraño a la casa y se temiese que se pudiera llevar algo.

Todos los criados parecían haber hecho causa común con los señores frente a ella. La veían marcharse sin decirle una palabra amiga, no sólo por su egoísmo, sino por su convencimiento del respeto y de la sumisión; los irritaba aquella dignidad que veían en Isabel, y que no eran capaces de secundar.

Metió en su baúl todo lo que tenía fuera, lo metió con prisa, con urgencia, como quien va a perder el tren y almacena el equipaje a empujones y a puñetazos; ahogándolo todo, chafándolo, dejándolo inservible, pero salvándolo de que se quedase; tuvo que sufrir la humillación de que las otras criadas registrasen su baúl, llenas de desconfianza. Cumplido este requisito, le echó la llave y tiró con arrojo del baúl, abriéndose la mano con el filo del agarrador de hierro, presurosa y deseando salir de allí. Lo arrastró hasta el descansillo de la escalera de servicio y dió un portazo a la puerta, sin decir *adiós* a to-

dos aquellos compañeros de servidumbre que la miraban irónicos o ceñudos sin prestarle ninguna ayuda.

Llamó a un mozo. Era necesario salir del gran portal, de donde aún podrían arrojarla. Pasó bajo los balcones de aquella casa que dejaba, con miedo de que le tirasen alguno de aquellos pesados muebles odiosos, de los cuales le gustaba también huir.

Sentía la hostilidad que dejaba en pos suyo, capaz de arrojar algo sobre ella, para matarla. Sólo cuando hubo doblado la esquina se repuso. Le había dicho al mozo que la siguiese. ¿Pero adónde iba?

Ya no tenía solución. Volver a la agencia era inútil, después de su acto de rebeldía. Ya no podía tampoco acariciar la idea de una gran casa. Además, tenía miedo de las grandes casas. Por lo pronto hacía falta refugiarse en alguna parte. Pensó en el refugio más pobre, en aquel refugio al que no creyó recurrir nunca, contra el que había hablado siempre, pero al que no había más remedio que ampararse, porque ya estaba vencida. Su dignidad, su altivez habían dado su última luz, y ahora le tocaba callar, seguir su caída, sin esforzarse en sostenerse ni retardarla, puesto que el esfuerzo era lo único doloroso.

—Mozo, vamos al Colegio de Criadas.

Enderezó sus pasos detrás del pobre hombre que llevaba su baúl a cuestas hacia aquella casa donde se acogían las mujeres en su postrer abandono, cuando tenían que ampararse de la hipocresía y renunciar a toda idea de personalidad para salvar la vida a costa de la humillación que hace comer todos los días los grandes cucharones de bazofia.

Y aun aquello, con ser tan malo, estaba rodeado de certidumbre. Aún podía encontrarse más desesperada, más caída, en la prostitución y la mendicidad. Había vencido todas sus repugnancias para asirse al último amparo, y tendía la mano para llamar a la puerta de aquel asilo. ¿La recibirían? Esta duda le hacía temblar; pero su mismo temor le hizo sentir una reacción brusca. Si la rechazaban, buscaría otro camino, fuese el que fuese...; quería vivir, vivir; ya que no podía triunfar, viviría sometida; pero viviría con la embriaguez sublime de vivir. Con aquella desesperada resolución pareció tranquilizarse.

Al poner la mano en el llamador tomó ese aspecto agazapado, ruin, transigente de la que ha sido ya atontada a golpes, hundiéndose y machacada. Ya hasta colaboraría en la manera de opinar de todos; ya soportaría el trabajo que había huido de aceptar antes en los hogares burgueses, soportaría a las señoras burguesas; se apagaba vencida su dignidad, su hermosa rebeldía insostenible.

Había llegado al final de la rampa. No sentía la violencia del ir cayendo. Estaba en el fin, en el extremo, en el momento de poderse sentar, aunque definitivamente vencida.

Carmen de Burgos «Colombine».

Servicios de la Compañía Trasatlántica

Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para la Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanailla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico; Canarias, Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de África.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábrico a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARÁN CON LA DEBIDA OPORTUNIDAD



NEUTRÁCIDO ESPAÑOL

VENCE de modo integral y permanente las enfermedades de estómago, hígado e intestinos.

Remedio seriamente científico y único en el mundo, por su eficacia y originalísima composición (azufre, calcio y carbono coloidales). *No contiene los nocivos BISMUTOS, BICARBONATOS, MAGNESIAS, COCAÍNA, MORFINA, etc., que integran todos los demás específicos para el estómago. No produce estreñimiento y lo suprime totalmente. Cura, así, el exceso como la falta de ácidos. No obliga al régimen lácteo y permite en breve plazo comer de todo, con digestión perfecta. No tiene sabor alguno. Nacido al impulso de tenaces trabajos de Clínica y Laboratorio, ha conquistado su prestigio definitivo por la constante formulación que le dispensa nuestra cultísima clase médica.*

Frasco: 6 pesetas

También se expenden frascos dobles (medio litro) a 10 pesetas



GARANTIAS
MÉDICAS

El docto profesor de la Facultad de Medicina de Cadiz y eminente médico, Doctor Enrique Rounclét, dice

Hace varios años que tengo utilizando el producto «Neutrácido Español» en mi clínica particular, habiendo obtenido en su empleo exitos maravillosos, en el tratamiento de los enfermos afectos de Hiperclorhidria, enfermedad de Reichmann, úlcera de estómago y duodeno, distensión de estómago y afecciones pitóricas. Considero pues al «Neutrácido Español» como un medicamento originalísimo inofensivo, sero y digno de ser ensayado en las afecciones citadas.

Solicite Vd. del concesionario exclusivo

D. José Marín Galén Arjona 4 — Sevilla, un rotabilísimo y lujoso folleto que le será remitido gratuitamente.

7470